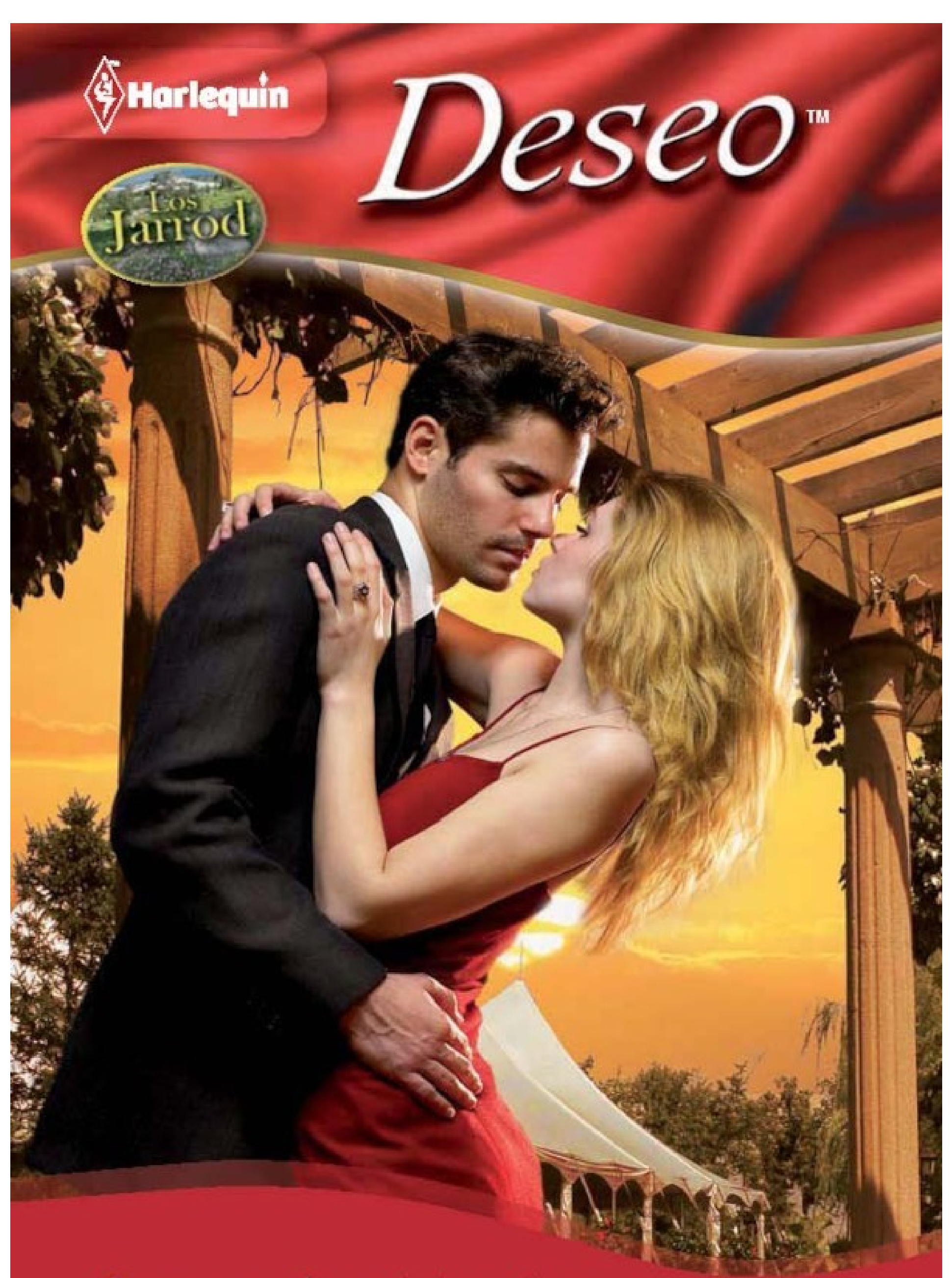


Como en los viejos tiempos

TESSA RADLEY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56 28001 Madrid

COMO EN LOS VIEJOS TIEMPOS, N.º 68 - agosto 2011
Título original: Falling for His Proper Mistress
Publicada originalmente por Silhouette® Books
Publicado en español en 2011

I.S.B.N.: 978-84-9000-685-6
Editor responsable: Luis Pugni
Epub: Publidisa

Inhalt

Capítulo Uno

Todo estaba saliendo bien. O casi todo.

Fue lo que Guy Jarrod pensó cuando entró en la plaza adoquinada que se encontraba en el corazón del famoso complejo hotelero de Jarrod Ridge.

Erica Prentice, su hermanastra, les había dado una mala noticia durante el desayuno. Art Lloyd, uno de los oradores que iban a intervenir en el festival, había llamado el día anterior para informarles de que estaba con gripe y no podría asistir. Pero al margen de ese problema, en todo caso menor, el festival anual iba viento en popa y los pabellones que llenaban tres de los cuatro lados de la plaza bullían de actividad.

Hasta su propio padre, el legendario Don Jarrod, habría admitido que el espectáculo era impresionante.

Pero su padre había muerto. Se había marchado para siempre. Aunque Jarrod Ridge permaneciera como un monumento al trabajo de toda su vida.

Justo entonces, notó una sombra sobre su cabeza. Alzó la mirada y vio uno de los globos aerostáticos, cargados de turistas, que llenaban el cielo. El humor de Guy mejoró al instante. Los saludó con la mano y se dirigió a uno de los pabellones.

Erica Prentice estaba con Gavin, uno de los dos hermanos pequeños de Guy, que movía una mano enérgicamente como si quisiera enfatizar algo. A su derecha, en la zona donde se ofrecían catas de vinos, estaba su hermano Blake; y cuando reconoció a la persona con la que estaba hablando, se llevó la sorpresa de su vida.

Guy parpadeó, perplejo.

No era posible.

Varias personas pasaron por delante en ese momento y le taparon la vista, pero sólo durante unos segundos.

No era posible, pero lo era.

Su mirada se clavó en la cabeza rubia y el cuerpo pequeño pero maravillosamente exuberante de una mujer a quien suponía en California, a mil trescientos kilómetros de distancia.

En ese momento, Blake inclinó la cabeza para oír mejor a la rubia y

Guy entrecerró los ojos cuando ella se quitó las gafas de sol y se las puso en el pelo, a modo de diadema.

Ahora podía ver el perfil de aquella cara que había acariciado en la oscuridad y de aquellos labios que había besado hasta hacerla gemir.

No había olvidado sus gemidos. Eran ronroneos felinos que le llegaban a las entrañas y espoleaban su deseo y su hambre.

Guy volvió al presente y se preguntó qué hacía Avery Lancaster en el festival de Jarrod Ridge. Sin darse cuenta, empezó a andar y se plantó ante ella.

Avery debió de ver que se acercaba, porque sus ojos azules no demostraron sorpresa cuando lo miró. Guy se estremeció por dentro y respiró hondo. Siempre se había sentido invencible cuando estaba junto a ella, como si fuera un superhéroe.

Pero eso también había cambiado.

–Guy…

Habían pasado cuarenta y nueve días desde que ser vieron por última vez, pero Guy pensó que seguía siendo tan atractiva como siempre. Se había engañado al decirse que no podía ser cierto, que lo había imaginado, que ninguna mujer podía tener tanto poder sobre él. Se había engañado hasta extremos increíbles.

Avery llevaba un vestido sencillo, con estampado de flores, pero parecía salida de una revista de modas. Su cabello dorado pedía a gritos que lo acariciaran y el mechón que se le había soltado de las gafas le daba un aire rebelde que aumentaba la intensidad de su hechizo.

–Avery…

Guy pronunció su nombre de un modo tan seco que Blake arqueó una ceja.

–¿Os conocéis?

–Sí, Avery me ayudó con la lista de vinos de Baratin.

Guy la miró como desafiándola a discutir sus palabras. Sólo habían pasado cuarenta y nueve días, pero se sentía como si hubiera transcurrido un siglo desde que entró en su vida con la fuerza y la capacidad destructiva de un huracán.

Su relación había durado poco más de dos semanas. Catorce horas después de conocerse, ya estaban metidos en la cama. Y al día siguiente, ella recogió su equipaje en el hotel donde se alojaba y se mudó al piso de Guy.

–Ah, sí, ahora me acuerdo –dijo Blake–. Dijiste que habías contratado a

un somelier autónomo, pero no mencionaste que fuera una mujer de las que te dejan sin aliento.

Avery tenía toda su atención puesta en Blake, como si su antiguo amante fuera invisible o no estuviera presente. Ya ni siquiera lo miraba. Y a Guy le dolió.

–Adulador… –bromeó ella.

Guy frunció el ceño y pensó que, si no dejaba de coquetear con su hermano, la arrastraría por el pelo y la enviaría de vuelta al valle de Napa.

No iba a permitir que Avery Lancaster condenara a su familia a la destrucción que había causado en su vida.

De repente, ella sonrió y le dijo a Blake:

–Vaya, no me había dado cuenta de que sois gemelos… Ya decía yo que me recordabas a alguien.

–Sí, somos gemelos; pero no idénticos –afirmó Guy.

Ella le lanzó una mirada rápida.

–No sabía que tuvieras hermanos; y muchos menos, un gemelo –comentó–. De hecho, tampoco sabía que fueras uno de los Jarrod de Aspen.

–Pues ya lo sabes. Y por si te interesa, Blake no es mi único hermano.

Guy no le podía perdonar lo que le había hecho. En el último día de su relación, le preparó el regalo de cumpleaños más caro que podía soñar: una cena con todos los platos preferidos de Avery, desde tempura de langostinos hasta una tabla de quesos, pasando por unas sencillas cerezas y un tiramisú. Dedicó un día entero a prepararla. Incluso se molestó en poner veintisiete velas, tantas como los años que cumplía, alrededor de la solitaria mesa.

Y esperó.

Esperó su llegada.

Y mientras la esperaba, no podía ni imaginarse que Avery Lancaster lo iba a dejar plantado para arrojarse en brazos de Jeffrey Morse.

Aquella decepción le había costado muchas noches de sueño y gran parte de su confianza en sí mismo. Incluso ahora, después de todo el tiempo transcurrido, le dolía.

Guy se dijo que, si Avery hubiera sabido que era uno de los Jarrod de Aspen, jamás habría ofrecido sus favores a Jeff; a fin de cuentas, su socio en Go Green no era ni remotamente tan rico como él.

Pero Guy no había mencionado a su familia. No habían tenido ocasión. Cuando no estaban hablando de vinos y gastronomía, se dedicaban a hacer el amor. Y al recordarlo, se alegró de no haber dicho nada.

Ahora sabía lo que era.

Una cazafortunas.

–¿Qué estás haciendo en Jarrod Ridge?

Guy lamentó haberlo preguntado. No quería dar la impresión de que su presencia le importaba. Además, era evidente que Avery se encontraba en el festival de Jarrod Ridge porque siempre estaba lleno de ricos y famosos. No tenía más remedio que pescar a otro incauto, porque Jeff se la había quitado de encima en cuanto supo lo que había pasado.

Frunció el ceño y se acercó un poco más a sus acompañantes. Si Avery había puesto los ojos en Blake, se iba a arrepentir.

Estaba a punto de decir un par de cosas desagradables cuando captó su aroma y se quedó sin habla. Lamentablemente, su cuerpo no era tan inmune a los encantos de Avery como su cabeza.

–Me ha enviado Art.

–¿Art?

–Por supuesto –intervino Blake–. Avery es la sobrina de Art Lloyd, aunque no se le parece nada.

Guy la miro con asombro.

–¿Eres la sobrina de Art?

Avery asintió y su cabello brilló bajo el sol de la mañana.

–Sí. Supongo que sabes que iba a intervenir en uno de los actos del festival y que se ha puesto enfermo. Es una simple gripe, pero padece asma y el médico le ha ordenado que descanse y que se abstenga de viajar en avión.

Guy creyó notar cierta aprensión en aquellos ojos grandes y azules, como de Barbie. Pero no le extrañó en absoluto; a pesar de las siete semanas transcurridas desde que lo dejó plantado, todavía ardía en deseos de agarrarla por los hombros y sacudirla.

Sin embargo, contuvo sus impulsos, se metió las manos en los bolsillos y dijo:

–Siento que esté enfermo. Aprecio mucho a Art.

El comentario de Guy era bastante explícito. Aunque no lo había dicho, Avery no era estúpida y supo lo que implicaba: que su aprecio por Art no era extensible a su persona.

Ella respiró hondo.

Guy admiró su cuerpo sin poder evitarlo y se sintió más embriagado que nunca por su aroma dulce, de flores.

Cuando Avery volvió a hablar, estaba tan afectado que tardó unos

segundos en comprender el significado de sus palabras.

Y se llevó la segunda sorpresa del día.

–He venido en sustitución de Art.

***

El interior del gran pabellón blanco donde se celebraba el cóctel del viernes estaba abarrotado de gente. Los camareros iban de un lado a otro con bandejas llenas de entremeses y rellenaban copas que resplandecían bajo la luz de las lámparas de araña.

Guy y Blake estaban juntos, contemplando la escena; los invitados habían pagado sumas astronómicas por las entradas al acto.

–Erica lo ha hecho muy bien –comentó Guy.

–Sí, pero la comida es el tema de conversación de todo el mundo. Y si no recuerdo mal, tú eres el encargado de la comida.

Guy inclinó la cabeza para agradecerle el cumplido.

–La comida no habría servido de nada si no se hubieran vendido entradas suficientes… y se han vendido todas –observó–. Con tanta gente, los medios de comunicación darán más cobertura al acto y potenciarán la importancia del festival.

–Bueno, no se puede negar que ha resultado ser una relaciones públicas excelente –concedió su hermano–. Pero yo ya sabía que no quedarían entradas suficientes para regalar a los proveedores locales, como Erica sugirió.

–Es una lástima, porque ese detalle habría sido muy bien recibido entre los comerciantes de Aspen…

Guy se había sumado a Blake en su veto de la propuesta de Erica, pero sólo lo había hecho por lealtad. En el fondo, sospechaba que Blake no había rechazado la idea porque le pareciera mala, sino porque seguía guardando cierto rencor a su hermanastra.

–Tal vez, pero la fiesta habría sido demasiado grande y se habría perdido su… exclusividad –comentó.

–Podríamos haber limitado las invitaciones a los oradores, Blake. No habría sido un problema.

Guy clavó la mirada en la mujer que había destrozado su paz interior. A Avery no parecía importarle el efecto que causaba en él, pero él habría dado cualquier cosa para que Avery no estuviera presente.

–Papá siempre invitaba a todos los oradores a la fiesta de inauguración –le recordó su hermano–. Es una tradición que comenzó mamá.

Blake lo dijo como si aquella afirmación pusiera punto final al debate.

Y Guy se tuvo que morder la lengua para no decir que si ninguno de ellos había obedecido a Don Jarrod en vida, resultaba absurdo que lo obedecieran después de su muerte.

Pero no quería discutir con Blake en la inauguración del festival de vino y gastronomía de Jarrod Ridge.

Sobre todo, con Avery cerca.

Guy la vigilaba constantemente. Estaba decidido a salvar a Blake de sus encantos de mujer, más irresistibles que nunca. Se había puesto un vestido de color amarillo y, cada vez que movía la cabeza, sus pendientes de diamantes reflejaban la luz de las lámparas. Llamaba la atención hasta en mitad de una fiesta llena de famosos.

Sin embargo, Avery no demostró ningún interés por Blake. Justo en ese momento, se le acercó un hombre alto y atractivo, con un smoking a medida y unos zapatos de los que costaban una fortuna. Ella le dio un beso en la mejilla, dio un paso atrás y le dedicó una sonrisa radiante.

Guy, que estaba observando, sintió una punzada en el pecho. –¿Quién es el que está con Avery Lancaster?

Blake los miró y frunció el ceño.

–Me suena mucho su cara… –respondió–. Ah, sí. Es un viticultor de California, pero no recuerdo su nombre. –¿De qué bodega es? ¿Tiene buenos vinos?

Guy lo preguntó porque quería saber qué relación había, exactamente, entre Avery y el viticultor.

Blake sacudió la cabeza.

–No me acuerdo, pero ¿por qué te interesa tanto?

Como no quería confesarle la verdad, respondió:

–Porque siempre me interesan los productores de vinos decentes.

–Sí, supongo que estar informado es un factor clave en tu negocio.

En ese momento, Avery echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada por algo que había dicho su acompañante.

Guy sintió una ira repentina y se recordó que no tenía motivos para ello, que estaba mejor sin esa mujer. Además, nunca había sido retorcido con las relaciones; cuando se terminaban, seguía con su vida y, en general, seguía siendo amigo de sus antiguas amantes. Pero aquel caso era distinto y su enfado persistió.

Blake preguntó algo. Guy estaba tan sumido en sus pensamientos que se limitó a asentir sin oír lo que decía.

Necesitaba saber por qué lo había abandonado; por qué se había

marchado de Nueva York sin decirle una sola palabra; por qué se había dejado seducir por su amigo y socio. Necesitaba saberlo y tenía derecho a saberlo.

Si Avery creía que su relación era agua pasada y que no había nada que decir, se equivocaba por completo. Él no era de los que se cruzaban de brazos cuando lo traicionaban de ese modo.

Un segundo después, ella giró la cabeza y lo miró.

Él disimuló rápidamente y le dijo a Blake que Erica había hecho un gran trabajo con la fiesta. Avery volvió a dedicar su atención al hombre que la acompañaba y le puso una mano en el brazo, como si tuvieran una relación íntima.

Guy notó que estaba a punto de perder la calma.

–¿Qué te pasa?

Al oír la voz de Erica, se sobresaltó. Ni siquiera había notado su presencia.

–¿Dónde está Blake?

–No te preocupes, ha ido a buscarme un vaso de agua. Estoy sedienta y muerta de calor. Ha sido un día muy largo.

Guy se sintió incómodo. En su obsesión por Avery, había dejado de prestar atención a los demás.

–¿Quién es ella? –preguntó Erica.

–Nadie –respondió.

Erica parpadeó.

–Eh, sólo pretendía ayudar… no pareces muy contento.

Guy intentó sonreír.

–Pues lo estoy.

Ella no pareció convencida.

–Lo estoy, en serio –insistió.

–Está bien, no preguntaré más.

Guy le dedicó una sonrisa de alivio.

–Gracias.

Se relajó un poco y se dijo que debía felicitar a Erica por el trabajo que había hecho; pero cuando se disponía a pronunciar las palabras, vio que Avery y su acompañante se alejaban hacia la salida del pabellón.

Y no lo podía permitir. Avery Lancaster no iba a terminar aquella noche en la cama de otro hombre.

–Discúlpame, Erica.

Rápidamente, se acercó a Avery y la alejó del hombre con la sutileza

que habría empleado un vaquero con una res.

–¡Guy! ¿Qué estás haciendo?

Guy le pasó un brazo alrededor de la cintura y bajó la cabeza. Cualquiera que los hubiera mirado habría llegado a la conclusión de que eran amantes o dos personas que se querían mucho. Pero en las palabras de él no hubo ni rastro de cariño.

–No es un momento adecuado para montar una escena, Avery.

–¿Una escena? Yo no he montado ninguna escena. Eso es cosa tuya –afirmó–. Suéltame ahora mismo.

Él la agarró con menos fuerza, pero no la soltó. Su aroma profundamente sexy y femenino lo embriagó al instante.

–Descuida –le susurró–. No tengo intención de secuestrarte.

Capítulo Dos

Avery no estaba tan segura.

Sólo necesitó mirarlo a los ojos para reconocer la intensidad de su determinación y de su ira. Notaba su brazo fuerte y tenso en la cintura, completamente carente de afecto, mientras la alejaba cada vez más de Matt. Pero a pesar de ello, la excitó.

Cuando Avery supo que debía sustituir a su tío Art, no podía imaginarse que Guy fuera uno de los Jarrod de Jarrod Ridge. Aquella misma tarde le había rogado a Matt que se encargara de los actos para que ella pudiera volver al valle de Napa en el primer avión, pero sus ruegos no le habían servido absolutamente de nada.

Lanzó una mirada a Guy y se estremeció. Estaba magnífico con su smoking, que enfatizaba la anchura de sus hombros y su enorme altura, por encima del metro noventa.

Deseó odiarlo, pero no fue capaz. Le gustaba demasiado para eso.

–¿Adónde me llevas? ¿De qué quieres que hablemos? –preguntó, fingiendo que no lo sabía.

Guy no se dejó engañar por la estratagema. La llevó a una esquina del pabellón y se detuvo junto a una mesa llena de bandejas con ostras.

–Dices que has venido en sustitución de Art.

–En efecto. ¿Es que hay algún problema?

En ese momento, pasó un camarero y les ofreció algo de beber. Avery alcanzó una copa de champán y se la llevó a los labios.

Cuando Guy admiró su boca, ella bajó los párpados con timidez.

–No, con eso no hay ningún problema.

–Entonces, ¿de qué se trata?

–No estás aquí por el festival. Ni siquiera te interesa –afirmó.

–El festival me interesa mucho. El que no me interesa eres tú –contraatacó ella.

Guy se había inclinado tanto que sus labios estaban a pocos centímetros de los ojos de Avery. Para su desesperación, se sintió tan embriagada por ellos que su corazón se aceleró al instante.

Guy olía a jabón de sándalo, a musgo, a hombre. Y era un olor terriblemente familiar para ella.

Pero no debía dejarse dominar por el deseo.

–Esto es típico de ti –dijo Guy–. No sabes separar el trabajo y las emociones.

–¿Cómo dices? Eso no es verdad.

–¿Ah, no?

–No, pero lamento haber sido grosera contigo.

–Vaya, eso casi suena a disculpa.

–Si tú lo dices…

Guy suspiró.

–Avery, no me parece adecuado que te quedes aquí. Vuelve a California. Encontraré a alguien que sustituya a Art.

Avery lo miró con asombro.

–No, eso no es posible; le prometí a mi tío que…

Guy sacudió la cabeza.

–Art y yo debíamos intervenir juntos en dos actos. Y es evidente que tú no estarás dispuesta a cooperar conmigo.

Avery maldijo a su tío para sus adentros. Inconscientemente, la había puesto en una situación muy desagradable. Tampoco había imaginado que su acompañante en las conferencias sobre vinos y sobre el servicio al cliente en el ramo hostelero sería Guy.

Ahora tenía un buen problema. Adoraba a su tío Art y a su tía Tilly. Avery era consciente de que Tilly estaba decepcionada por el tipo de vida que había elegido, pero Art se sentía orgulloso de ella. Art la había acogido en su familia cuando los padres de Avery fallecieron en el naufragio de su yate. La había cuidado, la había querido y la había apoyado en todo. Por él, habría hecho cualquier cosa.

–Por supuesto que cooperaré contigo –declaró con firmeza–. Sólo necesito que me digas lo que esperas de mí.

–De momento, prueba las ostras.

Avery se desconcertó al ver la bandeja que le ofrecía. No había olvidado aquel lunes memorable en que compartieron ostras en la cama. Despertaron tarde y él se las llevaba a la boca mientras la cubría de besos.

Había sido una de las experiencias más eróticas de su vida.

–Están perfectas –continuó Guy–. Me he encargado en persona de supervisar su limpieza. No tienen ni un resto de arena o de conchas rotas. No hay más que carne suculenta con un punto de limón.

Avery contempló sus ojos oscuros, entre grises y negros, e intentó controlar la excitación que sentía.

–No, gracias. Estoy saciada.

Él rió sin humor.

–Sí, no me cabe duda.

Guy dejó la bandeja a un lado y siguió hablando.

–Me temo que voy a estar muy ocupado durante las dos semanas del festival. Art me prometió que él se encargaría de preparar nuestras dos conferencias.

Ella asintió.

–En tal caso, cumpliré la promesa de mi tío.

Él no pareció convencido.

–Art se comprometió a algo más –dijo–. Tenía intención de dar una conferencia por su cuenta.

–Sí, ya lo sé.

–Y lo contratamos para que estudiara la lista de vinos del complejo hotelero y realizara un informe sobre nuestro servicio.

–Bueno, yo…

–Olvídalo. Será mejor que esperemos a que se recupere de esa gripe.

–No será necesario. Art y yo lo hablamos en su momento. Estoy perfectamente capacitada para sustituirlo; no habrá ningún problema.

Otro camarero le ofreció a Guy una copa de champán. Mientras él la alcanzaba, Avery notó que tanto la camisa como el traje del empleado estaban inmaculadamente limpios. Era obvio que en Jarrod Ridge cuidaban los detalles.

–Lo siento, Avery, pero no comparto tu confianza.

–¿Que no la compartes? –preguntó, atónita.

Él sacudió la cabeza.

Avery contuvo su enfado e intentó mostrarse razonable y profesional.

–Mira, he supervisado muchas cartas de vinos. Aprendí de los mejores someliers y he dado montones de conferencias al respecto; incluso tuve un programa propio en la televisión. No sé si lo sabías, pero espero que sirva para mejorar la opinión que tienes de mí.

–Lo sabía. Y también sé que te sustituyeron en el quinto programa.

Avery se ruborizó. La cadena de televisión lo había suspendido con la excusa de que no tenía audiencia suficiente, pero estaba segura de que no lo habrían suspendido si hubiera cedido a las presiones del productor y se hubiera acostado con él.

Cuando se marchó, el productor buscó una sustituta más cariñosa y el programa siguió adelante. Avery no se llevó ninguna sorpresa cuando, meses más tarde, el asunto terminó en escándalo.

Respiró hondo y decidió pasar a la ofensiva.

–En la revista *Cuisine* se afirma que la carta de vinos de tu restaurante de Nueva York es artística y refinada a la vez. Te aseguro que no admitiré menos en Jarrod Ridge.

–Pero esto no es el Baratin, Avery. Jarrod Ridge tiene cuatro restaurantes y seis bares. Tendrías que supervisar todos los vinos y productos alcohólicos que se sirven en ellos… Y no olvides que he leído tu currículum. Nunca has trabajado en un proyecto de alcance tan grande como éste.

Guy ni siquiera parpadeó mientras la acusaba de no estar a la altura de las circunstancias, pero Avery mantuvo la calma y no apartó la mirada de sus ojos.

–Te equivocas, Guy; pero no importa. Si surge algún problema, lo solucionaré con la persona que esté al cargo.

Guy sonrió sin humor.

–Esa persona soy yo. Pretendo añadir platos nuevos a nuestras cartas y necesito que las bebidas vayan perfectamente bien con ellos.

–¿Voy a trabajar contigo?

Él asintió y alzó su copa.

–¿Brindamos por el éxito de nuestra asociación?

La ironía de sus palabras era absolutamente evidente, pero ella también sabía ser irónica.

–Por el éxito.

Las copas chocaron y el champán se derramó y estuvo a punto de marchar el vestido de seda de Avery. Afortunadamente, él la agarró de la muñeca y lo impidió.

–Cuidado…

–Gracias –susurró ella–. No quiero manchar un vestido tan bonito.

–Habría sido un mal augurio –afirmó, arqueando una ceja–. ¿Aún insistes en quedarte en Jarrod Ridge?

Avery asintió. Ardía en deseos de salir corriendo, pero no estaba dispuesta a mostrar debilidad.

–Por supuesto. No te librarás de mí.

Él la miró con intensidad y le acarició la muñeca con el pulgar. Ella sintió un escalofrío de placer que le resultó tan inquietante como la

perspectiva de trabajar con Guy durante toda su estancia en Aspen.

Iba a ser una situación difícil.

Apartó la mano y echó un trago de champán. Después, estornudó.

–Jesús –dijo él con una sonrisa.

–Las burbujas siempre me hacen estornudar –se justificó.

–Qué inconveniente para una somelier.

–Sí, mi familia dice lo mismo. Es una de las molestias de mi trabajo.

–Ahora entiendo que hayas bebido tan poco esta noche. Y que no quisieras champán en el pasado, cuando te lo ofrecí.

La mención del pasado la desconcertó y aumentó su inquietud.

Se preguntó cómo iba a trabajar con un hombre del que podría enamorarse. Un hombre con tanto poder sobre su cuerpo que se sentía tan atraída por él como un girasol con el sol. Un hombre que la odiaba.

–Anda, dame esa copa.

Avery permitió que le quitara la copa y la dejara en una de las mesas.

En otras circunstancias, se habría tragado su orgullo y se habría marchado. Pero no podía dejar a su tío en la estacada.

–Entonces, te quedas –dijo él.

Ella tragó saliva.

–Me quedo –afirmó–. Yo puedo soportar el calor del horno de una cocina. ¿Y tú? ¿También puedes?

Guy tardó unos segundos en responder.

–Puedo soportar cualquier cosa que tú cocines.

–¿Que yo cocine? Si no recuerdo mal, tú eres el chef. Los platos son cosa tuya.

Avery no se molestó en disimular la decepción que sentía. La noche de su cumpleaños, cuando Guy le envió a Jeff, destrozó sus sueños de amor y su inocencia.

–Y ahora, si me disculpas, será mejor que me marche –continuó ella–. Tengo que encontrar a Matt.

Capítulo Tres

Había sobrevivido al primer día; sólo tenía que aguantar tres semanas más.

A pesar de la inquietud que sentía, Avery se las arregló para evitar a Guy durante su primera jornada de trabajo en Jarrod Ridge. Incluso disfrutó mirando a los famosos del festival, como si fuera una adolescente. Hasta entonces, había visto al protagonista de una serie de televisión, a una diva de la música pop con una melena de todos los colores y a un fornido y moreno as del tenis.

Por la tarde, asistió a la conferencia sobre gastronomía de su primo Matt y, cuando terminó, se marchó con él a tomar una copa en el bar de Jarrod Manor, la mansión de los Jarrod que también era el edificio central del complejo hotelero.

Matt estiró las piernas, se recostó en el sillón de cuero y dijo:

–Éste es el tipo de vida que mamá siempre quiso para ti. Estaba segura de que llegarías a ser una estrella.

Avery arrugó la nariz.

–Por muchas clases a las que asistiera, yo no tenía talento para ser actriz. Ni siquiera me habrían contratado por mi cuerpo… soy demasiado baja. Y sabes que me disgusta que me lo recuerden.

Matt rió.

–Pues lo siento mucho, pero cuando te viniste a vivir con nosotros, eras una especie de calabaza pequeñita –se burló–. Tan redonda y con esos pantalones naranja, de peto… Me parece increíble que mamá te creyera capaz de ganar alguno de esos concursos de belleza para niños.

–¿Redonda? ¿Yo? ¡Cómo te atreves!

Avery soltó una carcajada y siguió hablando.

–Por Dios, Matt, sólo tenía dos años… Además, lo de tu madre es culpa vuestra; como la tía Tilly sólo tenía hijos varones, estaba loca por tener una niña con la que jugar. Y erais un grupo de salvajes.

A Avery le había costado acostumbrarse a la compañía de cuatro chicos, pero aprendió a apreciarlos y al final los quería con locura. Incluso

quería a su tía Tilly; por caprichosa y dura que hubiera sido, sabía que sus intenciones eran buenas. El Dorado, la bodega que su tío adquirió poco después de que ella llegara a la familia, se convirtió rápidamente en su hogar.

–¿Cuándo vuelves a casa? –preguntó Avery.

Sus primos seguían viviendo en El Dorado, pero ella se había mudado a California.

–Mañana por la mañana.

–¿Tan pronto?

–Me temo que sí.

Matt se levantó del sillón y bostezó.

–En fin, te dejo; tengo que preparar una reunión y estoy agotado.

Ella también se levantó.

–Me gustaría que te quedaras un poco más…

Matt le pasó un brazo por encima de los hombros.

–No es posible, calabaza. Me costó sacar dos días libres para venir a Jarrod Ridge, aunque ha merecido la pena; mi conferencia de hoy ha sido buena para el negocio.

–Y lo has hecho muy bien.

Avery le dio un abrazo más fuerte de la cuenta, como si estuviera deseando que Matt notara su desesperación.

Él se apartó un poco y la miró a los ojos.

–No te preocupes. Papá está bien.

Matt había notado su inquietud, pero la había atribuido a una preocupación equivocada.

Ella respiró hondo y dijo:

–Asegúrate de que se cuide. No me gusta que esté enfermo.

–Es un viejo muy duro… Se recuperará enseguida, ya lo verás. A no ser que mi madre lo mate con sus cuidados, por supuesto –ironizó–. Pero le daré un beso de tu parte cuando lo vea mañana.

Avery giró la cabeza y se encontró repentinamente ante unos ojos tormentosos. Los ojos de Guy Jarrod, que se encontraba al otro lado del bar.

El corazón le dio un vuelco. Se dijo que no pasaba nada, que Guy no merecía que se pusiera nerviosa. Pero no sabía cómo iba a sobrevivir a las semanas siguientes.

–¿Sabes una cosa? Acabo de decidir que iré al balneario a que me den un masaje y a meterme en un baño caliente. Así dormiré como un bebé esta

noche.

–Sí, supongo que lo necesitas –dijo su primo–. Se ve que no estás durmiendo mucho.

Ella lo miró con sorpresa.

–¿A qué te refieres?

–No es asunto mío, pero parecías destrozada cuando volviste de Nueva York. Si no lo hubiéramos impedido, mamá te habría sometido a un interrogatorio.

–¿Lo dices en serio?

–Sabes que te queremos mucho… Si algún día conozco al hombre que te ha dejado con una mirada tan apagada y triste, se va a arrepentir.

El tono de Matt era suave, pero su mirada no lo era en absoluto. Avery se resistió a la tentación de mirar a Guy porque tenía miedo de que Matt atara cabos. Si llegaba a saber que la había empujado a acostarse con su amigo Jeff, le arrancaría el pellejo.

–Oh, vamos, no fue para tanto –dijo, quitándole importancia.

–Olvídate de él.

–Lo intento, Matt. Pero no te preocupes demasiado… Cuando me vuelvas a ver, estaré perfectamente. Y quién sabe; puede que esta semana me vaya de compras para animarme un poco.

–Búscate un amante. Es mejor para estos casos.

–¡Matthew! –protestó.

–Estás en el lugar perfecto para recuperarte de un desengaño amoroso y volver a vivir. Disfruta de tu estancia en Aspen y deja de pensar en la enfermedad de papá. Te prometo que te mantendré informada de su estado.

–Gracias. Eres el mejor.

Avery se puso de puntillas y le dio un beso lleno de afecto y gratitud.

Cuando Matt se marchó, ella cedió a la tentación que había contenido hasta entonces y se giró hacia Guy, pero ya no estaba. El hombre que le quitaba el sueño había desaparecido.

La visión de la placa de latón que anunciaba el balneario de Jarrod Ridge bastó para que Avery se tranquilizara.

Lo primero que oyó al entrar fue el sonido del agua que brotaba de las fuentes del vestíbulo. Entre las fuentes, en la pared, había cuadros de paisajes de una belleza increíble.

Una de las dos mujeres de recepción se giró hacia ella.

–¿Avery?

Era Melissa Jarrod, la directora del establecimiento. Su cabello rubio y

sus ojos azules no tenían el menor parecido con el pelo oscuro y los ojos grises, casi negros, de Guy. Avery suponía que Melissa sería una prima lejana o que se habría casado con uno de los hermanos Jarrod.

–Sí, soy yo –respondió con una sonrisa–. Tengo hora con el masajista.

Melissa echó un vistazo a la pantalla del ordenador y se giró hacia su compañera.

–Rita, ¿puedes avisar a Joanie de que su cliente ha llegado? Yo me voy a casa; estoy tan cansada que no me tengo en pie… Pero ven conmigo, Avery; te acompañaré a la sala de masajes.

Mientras la seguía por un corredor, Avery pensó que Melissa estaba muy pálida; pero se calló.

–Te hemos reservado la sala roja –dijo Melissa–. Las saunas y las piscinas están al fondo… Cuando la masajista termine, refréscate en la piscina y disfruta de un baño caliente en las saunas. Te hará bien.

–Suena magnífico…

Avery lo dijo muy en serio. Tenía intención de seguir el consejo.

Melissa abrió una puerta y la llevó a una habitación pintada de rojo. En una de las paredes se veía un cuadro gigantesco que representaba una puesta de sol. Había una camilla grande de masajes y una bañera de metal. Incluso habían encendido unas velas para potenciar la calidez del ambiente.

–Vaya…

Melissa rió.

–Como ves, en el balneario Tranquility estamos decididos a conseguir que nuestros clientes se relajen.

Avery entró en la sala y suspiró.

–¿Te apetece una copa de champán? –continuó Melissa–. ¿O tal vez prefieres unos bombones de chocolate? Están junto a la bañera.

–Creo que me tomaré unos bombones cuando me bañe. Son una tentación de lo más decadente –afirmó.

Melissa le dio una toalla y dijo:

–Si quieres, puedes quitarte la ropa. Joanie vendrá dentro de unos minutos.

El masaje resultó maravilloso. Todos sus músculos perdieron la tensión y se relajaron bajo las hábiles manos de Joanie, aunque Avery habría dado cualquier cosa por que esas manos fueran las de Guy.

Por mucho que le molestara, echaba de menos su pasión amorosa. Extrañaba reír con él al final del día, cuando se metían en la gigantesca bañera del piso de Guy después de haber hecho el amor en la cama. Pero no

estaba preparada para pagar el precio que Guy le había exigido; un precio que jamás habría imaginado.

Cuando le dijo que tenía una sorpresa para su cumpleaños, Avery se emocionó. Se estaba enamorando de él; y aunque Guy parecía reticente a mantener una relación estable, albergaba esperanzas.

A fin de cuentas, le había prometido una sorpresa.

En su cumpleaños.

Y eso debía de significar algo.

Pero aquella noche, cuando abrió la puerta del piso de Guy, se encontró con Jeff. Lo había visto un par de veces y le caía bien; por lo que sabía, Guy y su socio habían abierto Go Green para crear un lugar donde los clientes tuvieran ocasión de probar formas nuevas y más apetecibles de tomar verdura. De hecho, a Avery le gustaba mucho la idea.

Sin embargo, el Jeff que encontró en el piso no se parecía nada al hombre agradable de otras veces.

–¿Qué haces aquí? –le preguntó ella.

–Guy me ha pedido que viniera porque está ocupado en el Baratin.

A Avery no le sorprendió. El restaurante Baratin era la niña de sus ojos.

–Se supone que debo acompañarte al Baratin dentro de una hora –continuó él.

–Gracias. Eres muy amable.

Jeff se sentó en un sofá y sonrió.

–Lo intento.

–¿Quieres que te sirva una copa?

–Sí, gracias. Un bourbon con hielo.

Ella cruzó el salón del piso, se acercó al bar y le sirvió lo que le había pedido. Cuando se dio la vuelta, Jeff la estaba mirando de forma extraña.

Avery se estremeció. Empezaba a sospechar algo, pero desestimó la idea porque Jeff era amigo de Guy.

Se acercó y le ofreció la copa. Él la agarró de la mano y la sentó sobre sus rodillas.

Antes de darse cuenta de lo que pasaba, Avery se encontró sometida a sus besos, sus caricias y sus insinuaciones eróticas.

Reaccionó y se puso en pie, furiosa.

–Márchate ahora mismo.

Él también se levantó.

–No te precipites…

–Márchate de una vez. Si no te vas ahora mismo, llamaré a Guy –lo

amenazó.

Jeff rió.

–No te serviría de nada.

–¿Qué significa eso?

–Que el lo sabe, cariño.

Avery se quedó helada.

–¿Que lo sabe? ¿A qué te refieres?

–Te recuerdo que estoy aquí porque él me ha enviado.

–Sí, para que me acompañes al Baratin.

Jeff la devoró con la mirada y dijo:

–Ah, qué inocente eres… a pesar de ese cuerpo tan maravillosamente sexy que tienes.

–Guy se va a enfadar cuando sepa lo que estás haciendo.

Él volvió a reír.

–Guy me ha enviado. Yo soy tu regalo de cumpleaños, Avery.

Ella se quedó horrorizada.

–No, eso no puede ser…

–Guy quiere que me ponga a tu disposición y que, cuando terminemos, te acompañe al Baratin. Después, nos dedicaremos a alimentarte con tus platos preferidos… –dijo, relamiéndose–. Y más tarde, después de cenar, los tres disfrutaremos de un buen postre.

Avery no preguntó a qué se refería con el postre. Era más que obvio.

–Guy quiere ofrecerte una fiesta de cumpleaños que no olvides nunca –sentenció.

Jeff se intentó acercar a ella.

–¡No! ¡Aléjate de mí!

–Ven conmigo…

Cuando él le puso las manos en los hombros, ella le pegó una patada en la espinilla.

–¡Ay! Serás…

Avery no esperó. Salió corriendo hacia la puerta. Estaba tan asustada que le pareció inalcanzable; pero llegó a ella, salió del piso y bajó por las escaleras con miedo a que Jeff la siguiera.

Por suerte, no la siguió.

Incluso ahora, varias semanas después, tumbada en la camilla de masajes, podía recordar la angustia y la decepción de aquella noche. Guy quería que se acostara con suamigo Jeff. Ése era su regalo de cumpleaños. Un regalo que destrozó sus sueños y su confianza en él.

Jamás habría imaginado que, cuando lo volviera a ver, lo encontraría tan atractivo y tan deseable como siempre.

Y eso la horrorizaba.

Siempre se había creído una mujer tradicional, que sólo quería casarse y tener hijos; pero había descubierto que deseaba a un hombre que la había arrojado a los brazos de otro.

–Toma, ponte la bata.

Al oír la voz de Joanie, Avery se sobresaltó.

–Ah, gracias…

La masajista se dio la vuelta.

–Voy a llenar la bañera. Cuando termines, puedes dejar tus cosas aquí e ir a las saunas. Te daré una tarjeta para que puedas entrar más tarde.

Joanie se marchó y Avery se dio un baño caliente de quince minutos.

Mientras disfrutaba del baño, recordó el consejo de Matt y pensó que tenía razón. Aprovecharía su estancia en Aspen para relajarse y divertirse un poco. Era la mejor manera de olvidar a Guy.

Por fin, salió del agua, se puso la bata y alcanzó la tarjeta que Joanie le había dejado. Ya se disponía a salir cuando la puerta se abrió y se encontró ante el hombre que ocupaba sus pensamientos.

–Te estaba buscando. Rita me ha dicho que te encontraría aquí.

Ella no dijo nada. Era terriblemente consciente de que no llevaba nada de maquillaje y de que la bata blanca no le llegaba ni a las rodillas.

–Veo que ya te has buscado un amante rico –continuó él.

Avery se quedó atónita, pero no se molestó en pedirle explicaciones. Lo empujó e intentó salir de la habitación.

Lamentablemente, Guy fue más rápido que ella y cerró la puerta. El corazón de Avery se había acelerado tanto que podía oír sus latidos.

–Aléjate de mí, Guy.

Guy se acercó más.

–Ayer pensaba que intentabas echarle el lazo a mi hermano, pero ya me he dado cuenta de que estás con otro. ¿Te has acostado con él?

–¿De quién estás hablando?

–Del californiano.

–¿Del californiano?

Avery tardó un par de segundos, pero cayó en la cuenta. Se refería a Matt.

–¿Te ha tocado? ¿Te ha hecho el amor? ¿Te ha dado placer? –preguntó Guy mientras alzaba una mano para acariciarla.

Avery estuvo a punto de soltar una carcajada; Guy creía que Matt era su amante.

Pero no le pareció divertido. No tenía ningún derecho a juzgarla ni a llegar a conclusiones de ningún tipo.

–¿Por qué lo preguntas? ¿Es que estás celoso?

Los ojos de Guy se iluminaron con furia.

En ese momento, Avery comprendió que había acertado. Guy estaba celoso. No soportaba la idea de que se acostara con otro hombre; o por lo menos, con un hombre que no contara con su beneplácito.

–Eres una…

Él no terminó la frase. La miró y le puso las manos en los hombros.

Estaban tan cerca, tan pegados, que Avery podía sentir la fuerza de su aliento y su aroma masculino, intensificados ambos por el vapor que salía de la bañera.

Notó un escalofrío de placer, pero se mantuvo en el sitio; no quería demostrar debilidad. Y antes de que pudiera protestar, él la besó.

Ella apretó los labios con fuerza. Guy no intentó obligarla; bien al contrario, sustituyó su energía inicial por una serie de besos dulces, apenas caricias, que empezaron a derrumbar sus defensas. Eran demasiado tentadores, y tan placenteros como todo lo que recordaba de sus días juntos.

Al cabo de unos segundos estaba tan excitada que se habría rendido a él sin dudarlo; pero Guy se apartó.

–¿Te besó así anoche?

Avery quiso responder que se equivocaba, que Matt no era su amante sino un primo con el que había crecido y al que consideraba un hermano. Sin embargo, Guy se lo impidió con otro beso, esa vez apasionado, voraz, exigente.

–Nadie besa como tú –susurró ella contra su boca.

Guy se apartó de nuevo y le acarició la mejilla. Ella cerró los ojos, esperando más besos.

–Mírame, Avery.

Avery abrió los ojos y lo miró.

A pesar del calor que hacía en la sala del balneario y del vapor que los rodeaba, sintió un escalofrío. Aquél no era el hombre encantador del que se había empezado a enamorar, sino un desconocido.

–¿Ni siquiera Jeff? –preguntó él.

–¿Cómo? –preguntó, confusa.

–¿Es que ya has olvidado sus besos? –dijo con ironía.

–No.

Avery no los había olvidado; no los podía olvidar. Guy le había enviado a Jeff como regalo de cumpleaños. Había destrozado sus ilusiones. Y si ahora estaba celoso, era asunto suyo. Merecía que le hiciera sufrir.

–Nunca hablo de mis besos.

–Pero hiciste algo más que besarlo. Te acostaste con Jeff.

–¿Por qué te interesa tanto? ¿Lamentas no haberte unido a nosotros? Estuvimos a punto de llamarte –mintió.

Avery lamentó haber dicho eso. Acababa de perder una ocasión perfecta para echarle en cara lo que le había hecho; pero por otra parte, su orgullo le impedía confesar lo mucho que le había dolido.

–Jeff me dijo que lo perseguiste durante semanas y que aquella noche no encontró fuerzas para resistirse a tus encantos.

Ella se quedó atónita. Si eso era cierto, significaba que Jeff había mentido y que Guy no lo había enviado a su piso.

Escudriñó su cara, intentando encontrar la verdad; pero su expresión era inescrutable.

–¿Que yo lo perseguí? –acertó a preguntar.

Guy se pasó una mano por el pelo.

–Yo estaba ocupado aquella noche y…

–Sí, siempre estabas ocupado.

Él apretó los dientes.

–Jeff apareció cuando estaba a punto de llamarte para que fueras al Baratin. Se ofreció a llamar él mismo a la compañía de taxis y me pareció bien porque así podía terminar lo que estaba haciendo. Y cuando pasó a recogerte en el taxi, tú le pediste que subiera al piso –afirmó él–. Lo habías calculado todo para seducirlo.

–Sí, claro –dijo ella.

Avery no salía de su asombro. Guy había creído a su amigo y la había condenado sin más, sin concederle siquiera el beneficio de la duda.

Era tan increíble que se estremeció.

–¿Tienes frío?

Ella no dijo nada.

–Deberías volver a la bañera.

–¿Contigo aquí?

–¿Por qué no? No tienes nada que no haya visto antes.

Avery se ruborizó. Guy tenía mucho poder sobre ella.

Pero le había dicho a Matt que haría lo posible por sacarlo de sus

pensamientos y olvidarlo de una vez por todas.

Y no había mejor momento que el presente.

Consciente de estar jugando con fuego, Avery se quitó la bata y la dejó caer, quedándose completamente desnuda.

Oyó el suspiro de Guy, pero no hizo caso. Le dio la espalda, caminó hasta la bañera y se introdujo en el agua caliente.

No las tenía todas consigo. Quizás había ido demasiado lejos.

Guy tuvo la impresión de que su corazón se detenía cuando Avery se quitó la bata.

Aún albergaba una esperanza remota de que no estuviera jugando con él, pero se desvaneció cuando admitió tácitamente que había seducido al pobre Jeff. Ni siquiera se había molestado en negarlo.

Mientras se alejaba hacia la bañera, pensó que tenía unas piernas asombrosamente largas para su altura, más bien pequeña. Los ojos de Guy descendieron por su estilizada espalda hasta llegar a las exquisitas curvas de su trasero. Era perfecta, condenadamente perfecta.

Y la deseaba más que nunca.

Por fin, entró en el agua. Apoyó la cabeza en el borde de la bañera y suspiró.

Guy sólo podía ver la parte superior de sus senos, pero fue suficiente para excitarlo.

Se había repetido una y otra vez que no quería volver a verla y que, si la volvía a ver, la estrangularía con sus propias manos. Pero sólo habían sido palabras, fanfarronería sin sentido.

Lo había engañado, lo había abandonado y se había acostado con su amigo. Cuando Jeff se lo contó, estuvo a punto de derribarlo a puñetazos; pero añadió que Avery lo había estado persiguiendo durante semanas y que, al final, no se había podido resistir.

Guy no tuvo más remedio que refrenar su ira. Si él hubiera entrado en una casa y se hubiera encontrado con una mujer como Avery, prácticamente desnuda y totalmente decidida a seducirlo, habría hecho lo mismo. Incluso en ese momento, a pesar de lo que había pasado, ardía en deseos de compartir la bañera con ella.

Pero no cayó en su trampa. En lugar de meterse en el agua, se arrodilló junto a la bañera y le empezó a enjabonar los hombros.

Avery gimió.

–¿Mejor?

–Sí…

–Relájate. Deja que el agua disipe tu tensión.

–Ya me han dado un masaje –susurró–. Pero, ¿cómo podría resistirme a esto?

–Le diré a mi hermana que ofrezca un servicio de masajes en la bañera –comentó con voz ronca.

–¿Melissa es tu hermana? No sabía que tuvieras una hermana.

–No lo preguntaste.

–No, supongo que no. Teníamos otras cosas de las que hablar.

Mientras acariciaba su piel, Guy pensó que era cierto; habían estado demasiado ocupados con la pasión erótica que los había unido antes de que tuvieran ocasión de conocerse un poco. Pero el silencio de Avery hizo que se sintiera culpable. Quizás deberían haber hablado más.

–Tengo otra hermana, Erica; aunque en realidad es mi hermanastra… la conocimos tras la muerte de mi padre.

–Sí, me contaron lo de tu padre. Te acompaño en el sentimiento.

Don Jarrod había fallecido unos días antes de que Guy se acostara con Avery por primera vez. Había sido, con diferencia, la peor semana de su vida, pero Avery no necesitaba saber aquello.

–No se puede decir que estuviéramos muy unidos.

–Pero supongo que os dolería de todas formas… y que os llevaríais una buena sorpresa al saber que teníais otra hermana.

–Sí, no fue fácil. Descubrir que mi padre había mantenido una relación amorosa con otra mujer cuando nuestra madre acababa de morir…

Guy no terminó la frase. No pudo.

–Imagino que también sería difícil para Erica –comentó ella.

–Pero no se puede quejar. Ha heredado la parte que le corresponde de la propiedad de nuestro padre. Ahora es una mujer rica.

–El dinero no lo es todo.

Guy pensó que Avery no tenía remedio. Como la creía una cazafortunas, su comentario no podía ser más cínico.

–Descuida, también encontró el amor. Se ha comprometido con Christian Hanford, el abogado de nuestra familia.

Él la siguió acariciando durante unos segundos, al cabo de los cuales rompió el silencio.

–¿Dónde te alojas?

–En Jarrod Manor.

–Yo también.

Avery se puso tensa.

–Ah.

–Tranquilízate, me alojo en una de las suites de la mansión. No hay peligro de que te cruces conmigo… si no quieres –puntualizó.

–Quizás no haya peligro en ese caso, pero tú puedes encontrarme cuando te apetezca. Eres un Jarrod. Sólo tienes que preguntar por mí y te dirán todo lo que quieras saber.

–¿Quieres que pregunte?

–No.

Avery se movió en el agua, nerviosa, y Guy pudo ver uno de sus pezones durante un breve momento.

–Aunque ahora que lo pienso, seguramente no necesitas preguntar –continuó ella–. Al fin y al cabo, tendrás acceso al ordenador central, a las reservas de los clientes y a las llaves maestras de cada puerta.

–Jamás entraría en la habitación de un cliente sin su autorización –declaró con firmeza–. No me acercaré a ti si no quieres.

–¿Lo prometes?

Guy asintió.

–Sí.

Ella soltó un suspiro de alivio.

–Te creo.

Por algún motivo, la confianza de Avery le emocionó. Empezó a trazar círculos en sus hombros, presionándolos con delicadeza, masajeándolos. Su piel era tan suave que deseaba inclinarse y besarla.

Intentó contenerse, pero fracasó.

Descendió sobre ella y la besó en la base del cuello.

Avery gimió. Guy supuso que protestaría, pero no lo hizo entonces ni después, cuando extendió el alcance de sus besos e introdujo una mano en el agua para acariciar las protuberancias redondeadas de sus senos.

Ella volvió a gemir.

–Avery –susurró–. Invítame a compartir contigo esta maldita bañera.

Capítulo Cuatro

Avery había aprendido una lección durante el mes que estuvieron juntos en el piso de Nueva York: que cada centímetro del cuerpo de Guy Jarrod era una tentación pura y que ella era incapaz de resistirse.

Aquella noche no era una excepción a la norma.

Pero aquella noche sabía lo que estaba haciendo; sabía que no había provocado la situación para saciar su deseo, sino para librarse de Guy. Era una especie de terapia.

–¿Quieres meterte? –lo invitó–. Hay espacio de sobra.

–Pensé que nunca me lo pedirías.

Guy se levantó. Se quitó los vaqueros y la camiseta con una velocidad sorprendente. Después, se liberó de los calzoncillos y se metió en la bañera.

El nivel del agua subió de inmediato. A fin de cuentas, era un hombre muy alto, muy fuerte y muy excitado, a tenor de lo que ella había alcanzado a vislumbrar.

Los pezones de Avery se endurecieron y su pulso su aceleró. El ambiente se había cargado de promesas.

Pensó que se había equivocado al creer que podría controlar la situación. Pero era demasiado tarde para volverse atrás; si ahora decía que aquello era un error, Guy se reiría de ella o la acusaría de estar jugando con él.

No tenía más opción que seguir adelante y aguantar. Tras unos minutos de silencio incómodo, saldría de la bañera con tanta dignidad como le fuera posible, le daría las buenas noches y se marcharía.

Pero no iba a ser tan fácil.

Las imágenes de su cuerpo desnudo, iluminado por la luz de las velas, se sucedían ante sus ojos. La piel dorada de Guy. Los músculos esculturales de Guy. La erección de Guy.

Si seguía por ese camino, nunca se libraría de él.

Contuvo un gemido e intentó recordar la lista de vinos que había probado a lo largo del día. Le pareció una forma perfecta de dejar de prestarle atención, pero no pasó del tercero. Si no lo oía, se preguntaba qué

estaría haciendo. Si no lo miraba, se preguntaba si la estaría mirando.

Casi no podía respirar.

Tenía que encontrar la forma de exorcizarlo. Para siempre.

–¿Has tenido ocasión de tomar algunas notas para la presentación de esta noche?

Avery no supo si reír o llorar. Jamás habría imaginado que quisiera hablar de negocios. Pero a diferencia de ella, parecía completamente relajado; había apoyado la cabeza en el borde de la bañera y había cerrado los ojos con toda tranquilidad.

Se sintió profundamente humillada; pero no por él, sino por sus propias emociones. En lugar de sentir alivio, la falta de interés de Guy le causó decepción.

–¿Y tú?

–Sí, he tomado algunas notas.

De repente, él abrió los ojos y la miró.

–¿Me has echado de menos?

–¿Hoy? No he tenido ocasión de echar de menos a nadie. He estado trabajando todo el tiempo. Y cuando tenía algún descanso, lo dedicaba a preparar la conferencia.

–Qué lástima.

Guy le puso una mano en la pierna.

Avery sintió deseo, confusión y enfado a la vez. Desgraciadamente, eso no impidió que los dedos de Guy avanzaran hacia su estómago, ascendieran unos centímetros y se detuvieran bajo sus senos.

Guy Jarrod era una droga y ella, una adicta.

Quería resistirse a él. Quería rechazarlo. Pero no encontraba las fuerzas necesarias.

–Pues yo he pensado mucho en ti.

–Lo dudo. También estabas ocupado.

–Oh, no me refería a hoy… me refería a las últimas semanas –puntualizó–. De hecho, recuerdo muchas cosas de ti.

Guy le acarició un pezón, que se endureció al instante. A continuación, se echó hacia delante de tal manera que los senos de Avery se quedaron rozando su pecho.

–Son tan sensibles… –murmuró él–. ¿Cómo lo iba a olvidar?

Avery volvió a sentir el sabor amargo de la decepción. Guy extrañaba su relación sexual, pero sólo eso. Para él no había nada más. Y ni siquiera tenía derecho a sentirse decepcionada, porque Guy no sabía que se había

empezado a enamorar de él. Teóricamente, sólo habían sido amantes.

En ese momento, Guy le succionó un pezón y ella cambió de opinión. No había nada malo en mantener una relación exclusivamente sexual. De hecho, era lo más conveniente. Si quería olvidar a ese hombre, debía evitar los componentes emocionales.

Guy se apartó de sus senos y la besó en la boca. Ella entrelazó las piernas con las de él y se apretó contra su pecho. Ya no era una adolescente ingenua de sueños románticos, sino una mujer de veintisiete años; una mujer adulta con necesidades de adulta.

Él dejó de besarla, pero no de acariciarla; era un experto y sabía lo que le gustaba.

Avery lo miró a los ojos y se sorprendió al contemplar la fuerza de su pasión. Ni la luz de las velas, tan cálida, lo podía suavizar.

La deseaba.

Y ella lo deseaba a el.

Al menos, el deseo era un sentimiento honrado.

Justo entonces, tomo una decisión; dejaría sus preocupaciones para el día siguiente y disfrutaría del momento.

Estiró una mano, la cerró sobre el sexo de Guy y lo empezó a masturbar.

Guy se sobresaltó y dejó de acariciarla. Después, la agarró por la cintura y la puso de rodillas sobre él.

–¡No hagas eso! Si lo haces, terminaremos demasiado pronto…

Ella sonrió con malicia.

–Y no queremos eso, ¿verdad?

–No, no lo queremos.

Avery descendió un poco y frotó la entrepierna contra su pene. Él alzó levemente las caderas y le regaló una caricia exquisita. Después, la penetró.

Guy echó la cabeza hacia atrás y ella se inclinó hacia delante y le lamió el cuello, que sabía a agua y a sal. Pero no dejaron de moverse en ningún momento. Y la tensión fue creciendo poco a poco, hasta que Avery alcanzó el clímax y él se dejó llevar.

Avery estaba flotando en una nube de placer.

Se sentía como si hubiera muerto y estuviera en el paraíso.

–¿Qué te parece si llegamos a un acuerdo más duradero?

Ella tardó unos segundos en comprender sus palabras.

–¿Un acuerdo más duradero?

–Sí, exactamente –respondió con una sonrisa.

–Bueno, el matrimonio es algo muy serio…

La sonrisa de Guy desapareció.

–No estaba pensando en el matrimonio. No pidas más de lo que podemos tener. Me refería a que podemos disfrutar de todo esto mientras dure.

Avery no dijo nada. Se sentía estúpida por haber albergado esperanzas sin sentido. Sabía perfectamente que Guy no buscaba una relación estable; lo sabía porque se lo había dicho él mismo cuando se conocieron, y ella había aceptado sus condiciones. Pero había cometido el error, tan habitual, de creer que cambiaría de opinión.

Se mordió el labio e intentó encontrar una respuesta.

Por un lado, quería rechazar su ofrecimiento; por otro, no encontraba motivos que le impidieran ser su amante.

–¿Y bien? ¿Qué te parece?

–No sé qué decir… ¿Qué pasará cuando el festival termine? Tendré que marcharme de Jarrod Ridge.

Él se encogió de hombros.

–¿Importa mucho? Vayamos día a día y veamos lo que pasa.

Avery asintió y dijo:

–Lo pensaré.

La expresión de Guy le habría resultado cómica si ella hubiera estado de humor para reír.

–Estoy seguro de que el hotel y los restaurantes de Aspen te pueden mantener ocupada durante una temporada larga. Y también estoy seguro de que te puedo ayudar a conseguir contratos importantes.

–No lo dudo en absoluto –murmuró ella.

La irritación de Avery iba en aumento. Guy no parecía entender que, si se quedaba en Aspen en esas condiciones, la gente sabría que era su amante y pensaría que la había enchufado, lo cual destrozaría su reputación profesional.

–No estoy segura de que quiera quedarme –añadió.

Guy le acarició una pierna y dijo:

–¿Por qué no? Sé que lo estás deseando.

Avery maldijo la arrogancia de Guy para sus adentros. Salió de la bañera, alcanzó la bata y la cerró en torno a su cuerpo.

–Está bien, me quedaré hasta finales de mes. Pero no te garantizo que me quede más tiempo –afirmó.

–Puede que, para entonces, la llama se haya apagado…

–Puede ser. O puede que extrañe California.

–Sí, eso también es verdad. Una relación como ésta no sobreviviría a la distancia, y me temo que yo tengo que permanecer en Aspen; estoy obligado por los términos del testamento de mi padre –le informó–. Sólo tenemos el tiempo que estés aquí.

Ella se encogió de hombros.

–Bueno, vamos a trabajar juntos todos los días. Tendrás ocasión de cansarte.

–Supongo que sí; pero sigues sin responder a mi oferta.

–Ya te he dicho que lo pensaré.

Avery le daba largas porque quería que sufriera, pero también porque no estaba segura de querer ser su amante. Aunque lo deseaba con toda su alma, tenía miedo de acostumbrarse más a él y volverse completamente adicta.

Ya se dirigía a la salida cuando él preguntó:

–¿Y las consecuencias?

Avery se giró y lo miró a los ojos.

–¿Las consecuencias? ¿De qué estás hablando?

–De un embarazo.

–No te preocupes por eso.

–Excelente –dijo él con una sonrisa–. Ni tú ni yo nos podemos permitir una complicación como ésa en este momento de nuestras vidas.

Avery no estaba de acuerdo con él; deseaba tener hijos y una familia. Pero se calló porque dio por sentado que no lo entendería.

Guy se levantó en la bañera y ella le lanzó una mirada de admiración. No quiso hacerlo, pero no lo pudo evitar. Las gotas de agua caían por su fuerte pecho y descendían lentamente hacia la superficie perfectamente lisa de su estómago.

Lo deseaba. No había duda alguna.

–Ah, casi lo olvidaba… Art pensaba asistir al despegue y al aterrizaje de los globos aerostáticos. Es mañana por la mañana. Si quieres venir, podríamos hablar sobre mis ideas para el nuevo menú; pero no es necesario que vengas.

–Iré de todas formas. ¿A qué hora?

Él sonrió con malicia.

–Sé que te disgusta levantarte temprano, pero es al amanecer –respondió–. Lleva ropa cómoda. Vaqueros, botas y una cazadora o chaquetilla.

Guy pasó una pierna por encima del borde de la bañera y se dispuso a salir.

Avery se marchó a toda prisa. Si se hubiera quedado allí, la tentación habría sido demasiado grande.

Capítulo Cinco

Para sorpresa de Guy, Avery ya se encontraba en el vestíbulo cuando él llegó al hotel el domingo por la mañana. Estaba mirando las fotografías de los famosos que habían pasado por el establecimiento desde su apertura.

Ella debió de notar su presencia, porque se giró de repente y lo miró. Llevaba gafas de sol y parecía muy cansada.

–Es que no he dormido bien –explicó al notar su curiosidad–. Me iba a poner las lentillas, pero me habrían resultado incómodas.

–No las necesitas.

Guy supuso que el motivo de sus dificultades para dormir era el mismo que tenía él. El encuentro del balneario no había sido suficiente; la quería en su cama y la quería todo el tiempo, no sólo un rato.

Estuvo a punto de decir que estaba preciosa de todas formas, con gafas o sin ellas. No habría sido un halago, sino la simple y pura verdad; pero no dijo nada.

Avery llevaba unos pantalones blancos que se ajustaban perfectamente a su figura y una chaquetilla vaquera, desgastada. Las gafas de sol le daban un toque juvenil, como de universitaria, que aumentaba su encanto.

Por suerte para su equilibrio emocional, un grupo de turistas que se dirigía a ver los globos entró entonces en tromba en el vestíbulo. Guy se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y aprovechó la ocasión para salir del hotel. El día estaba despejado y la temperatura era agradable. El otoño no había llegado todavía, pero se acercaba poco a poco.

A un lado de la mansión, en la explanada que normalmente hacía las veces de helipuerto, vio a tres pilotos de globos aerostáticos y a varias personas que, en ese momento, extendían las grandes superficies de nylon, de todos los colores, en el suelo. Las tripulaciones y los camareros que más tarde iban a servir un cóctel charlaban, reían y tomaban café a su alrededor.

Uno de los globos, de color rojo, se empezó a hinchar en ese momento. Minutos más tarde, los pilotos encendieron los quemadores para calentar el aire y los globos ascendieron, por encima de sus barquillas, entre los aplausos de la gente.

–¿No te parece asombroso?

Era Avery, que se había acercado por detrás.

–Si quieres subir…

Ella sacudió la cabeza.

–No subiría a un globo por nada del mundo. Tengo vértigo.

Guy soltó una carcajada.

–¿Tú? Jamás habría creído que algo te diera miedo.

Su sorpresa estaba plenamente justificada. Aunque Avery fuera de estatura pequeña y estructura delicada, podía ser tan feroz como un tigre. De hecho, era la mujer menos maternal que Guy había conocido. Estaba tan centrada en su profesión que no le preocupaba ninguna otra cosa. Y en gran medida, eso explicaba que le gustara tanto. Estaba harto de encontrarse con mujeres que sólo pensaban en el matrimonio.

–No es que tenga miedo, es que me mareo.

–Te equivocas. En los globos no se siente ese tipo de vértigo.

Ella arqueó una ceja.

–¿Estás seguro?

–Por completo. Se mueven de una forma increíblemente suave, casi imperceptible. Ten en cuenta que los empuja el viento.

–Déjalo. No me vas a convencer.

–Vamos, Avery… a veces hay que arriesgarse y probar cosas nuevas.

Ella se apartó un poco y se cruzó de brazos.

–He probado muchas cosas nuevas, pero eso sería demasiado nuevo para mí.

Lo dijo con un tono tan seco que Guy supo que no estaba pensando en los globos aerostáticos. Quizás lo decía por el asunto de Jeff o, quizás, por el encuentro amoroso de la noche anterior.

Fuera como fuera, Guy prefirió no mencionarlo.

–No sabía que fueras tan asustadiza.

–Insiste todo lo que quieras, pero no te vas a salir con la tuya –afirmó–. Tengo aversión a los riesgos excesivos.

Él frunció el ceño sin entender.

–¿A los riesgos excesivos?

–Sí, en efecto. Pero imagino que te resulta muy difícil de creer porque me acosté contigo la primera noche… Tal vez no fuera la decisión más inteligente que he tomado, pero da igual. Me crees más atrevida de lo que soy.

Guy se acercó a ella y declaró en voz baja:

–Lo que hicimos en Nueva York no fue nada malo, Avery. A decir verdad, fue uno de los momentos más memorables de mi vida. Como lo de anoche.

Guy no estaba mintiendo.

La había extrañado mucho.

–Eres asombrosamente honrada en la cama –dijo, acariciándole una mejilla–. No finges, como tantas mujeres.

Durante unos instantes, Guy creyó que se iba a arrojar a sus brazos. Sus ojos se habían iluminado de un modo desconcertante y emocionante a la vez.

Sin embargo, Avery se contuvo.

–Aquí no, Guy. Hay demasiada gente.

–¿También te da miedo que la gente sepa que somos… amantes?

–¿Amantes? Yo no diría tanto. Esa palabra implica una intimidad que nosotros no tenemos –dijo.

–No sé qué entenderás por intimidad, pero hablas de ello de una forma excesivamente fría, como si te disgustara. No hay nada malo en el placer que compartimos, Avery; ni lo habrá en el que compartiremos.

Guy estuvo a un tris de añadir que su obstinación era lo único que amenazaba la intimidad que tenían, pero se contuvo a tiempo. Y también se calló que, para ser una mujer que odiaba los riesgos, se había arriesgado mucho la noche anterior. Al fin y al cabo, habían hecho el amor sin preservativo. Incluso él, que siempre había sido un hombre cauteloso, se dejó llevar sin pensar en las consecuencias.

Por supuesto, Guy sabía por su relación anterior que Avery tomaba la píldora. Pero ese método anticonceptivo no evitaba las enfermedades de transmisión sexual.

–De todas formas, no necesito vivir emociones nuevas en el cielo –comentó ella–. Sinceramente, las prefiero en tierra firme.

–Entonces, no llegarás a contemplar los campos bajo tus pies ni a tocar las hojas de las copas de los árboles ni a ver los alces de las montañas, entre otras cosas –observó–. Te aseguro que merece la pena. La vista es fantástica y completamente distinta a lo que hayas experimentado antes. Puedes ver kilómetros y kilómetros de espacio en todas las direcciones.

–Parece que a ti te gusta…

–Subo todos los años, durante el festival. Bueno, últimamente no lo hago, pero antes lo hacía todos los años. Estuve fuera una larga temporada –explicó.

Ella lo miró con intensidad y él se sintió incómodo.

–Es que tenía mucho trabajo –continuó Guy–. Bueno, será mejor que nos pongamos en marcha o no llegaremos a tiempo a la zona de aterrizaje.

Mientras cruzaban la explanada, Guy se metió una mano en el bolsillo y sacó las llaves de la furgoneta negra con el emblema de Jarrod Ridge que había aparcado en las cercanías. Cuando ya se habían puesto el cinturón de seguridad, arrancó y siguió a los vehículos donde viajaban los empleados del hotel.

Avery viajaba pegada a la ventanilla, como si intentara mantener las distancias.

–¿La zona de aterrizaje está preparada?

–¡Ojalá! Los empleados del primer coche mantienen contacto por radio con los pilotos para hacerse una idea aproximada del sitio donde van a aterrizar. Nunca lo saben con exactitud. Ten en cuenta que están a merced de los vientos.

Ella bufó.

–¿Y crees que me voy a sentir más tranquila después de saber eso? Definitivamente, no subiré nunca a un globo.

–Oh, vamos, los pilotos tienen mucha experiencia. Además, también están en contacto permanente con la torre de control del aeropuerto local.

Avery permaneció en silencio durante unos minutos, al cabo de los cuales suspiró y dijo:

–El paisaje es precioso…

Guy asintió. El sol ascendía rápidamente y ya iluminaba las praderas del valle y los picos de las montañas.

–Pues espera unas semanas, hasta el otoño. Cuando las hojas de los álamos se ponen doradas, el paisaje es espectacular.

–Para entonces me habré marchado.

Él pensó que se equivocaba. Si estaba en su mano, seguiría allí.

–Bueno, ya veremos.

Tras un silencio incómodo, Avery comentó:

–Es evidente que adoras Aspen. No entiendo por qué estuviste fuera tanto tiempo.

Guy respondió sin apartar la vista de la carretera.

–Por trabajo. Cuando salí de la universidad, me marché a Francia a estudiar *haute cuisine*. Después, trabajé en Londres durante unos años y, finalmente, volví a Estados Unidos y abrí el Baratin. No tenía tiempo para venir a Aspen.

–El Baratin. Según las revistas especializadas, es mejor restaurante francés de la Costa Este de Estados Unidos.

–Sí, eso dicen.

Avery sabía que los Jarrod habían vuelto a Aspen porque el testamento de su padre los obligaba. Si se marchaban de allí, perderían su herencia. Y, por el tono culpable de Guy, por fin empezó a entender la raíz del problema.

–Estoy segura de que tu padre sabía que lo querías.

–¿Tú crees? Yo no estoy tan seguro.

–¿Lo viste antes de que muriera?

–No, ya era demasiado tarde.

–Pero sé que hablaste con él poco antes. Lo sé porque, cuando estábamos en Nueva York, dijiste que habíais mantenido una conversación telefónica –le recordó–. Entonces no imaginaba que te referías al legendario Don Jarrod.

Él asintió.

–Sí, eso es verdad. Hablé con él y nos vimos brevemente cuando fue a Nueva York. Me pidió que me encargara de todos los bares y restaurantes de Jarrod Ridge y yo me negué –explicó–. Murió a los pocos días. Pero supongo que no importa… a fin de cuentas, estoy haciendo lo que él quería.

–Pero te sientes culpable por haberlo rechazado en vida.

De repente, Guy llevó el vehículo al arcén de la carretera, lo detuvo y suspiró.

–Tú padre sabía que lo querías –insistió ella.

–Lo dudo; pero te agradezco el interés de todas formas.

Guy volvió a suspirar. Después miró hacia la carretera, vio que los coches de los empleados se estaban alejando y arrancó otra vez para no quedarse atrás.

–Mis padres murieron en un naufragio cuando yo tenía dos años.

–Lo siento. No lo sabía.

–Mi tío Art me decía siempre que los llevaba en mi corazón y que no dejarían de estar conmigo. Pero yo no los quería en mi corazón; los quería fuera, en la realidad, vivos –le confesó–. Y cuando intentaba animarme con la historia de que habían subido al cielo, respondía que, entonces, subiría a visitarlos.

–¿Tú querías subir al cielo? Pero si tienes vértigo…

Avery sonrió.

–Sólo era una niña. Creía que era cuestión de subirse a un avión.

Guy soltó una carcajada. Avery miró los globos que flotaban en el viento y dijo:

–Matt está en alguno de los globos.

–¿Matt? –preguntó, muy serio.

–Mi primo. Ya os conocéis.

–No recuerdo haber tenido el placer. ¿Fue en Nueva York?

–No, anoche. En la fiesta.

Confundido, él disminuyó la velocidad y la miró un momento.

–El hombre alto y de pelo oscuro. También estuvo en la fiesta de la noche anterior, pero se ha marchado esta mañana.

Guy se sintió perfectamente estúpido.

No era su amante, sino su primo.

–¿Por qué no me lo dijiste?

Avery volvió a sonreír.

–Porque habría destrozado la diversión.

–Serás canalla…

–Te está bien empleado, Guy. Tienes la fea costumbre de sacar conclusiones apresuradas sobre la gente.

Guy se maldijo para sus adentros. Avery tenía derecho a recriminarle su actitud. Pero no estaba de humor para admitirlo.

–Bueno, dejemos el asunto para más tarde. Tengo mucho trabajo que hacer. Dentro de poco, doscientas personas hambrientas bajarán de esos globos y esperarán que se les sirva la comida.

Guy no había exagerado

Antes de que los globos tomaran tierra y la gente empezara a bajar de las barquillas, Guy y los empleados de Jarrod Ridge tuvieron que instalar las mesas, poner los manteles, colocar las sillas y distribuir la vajilla y la cubertería para servir el desayuno que habían preparado. Había huevos Benedict, bollitos de salmón ahumado, tablas de quesos y rodajas de melón, ente otros manjares que sirvieron con zumo de naranja y champán.

–Tiene un aspecto excelente –le comentó ella–. No sé por qué te sientes en la necesidad de cambiar o mejorar el menú.

–Espero que, además de tener buen aspecto, sepa bien.

Ella rió.

–Por supuesto que sí. Además, la comida sabe mejor cuando se toma al aire libre.

–¿En serio?

Avery asintió.

–En serio.

Los primeros invitados empezaron a acercarse a las mesas.

–Tendremos que probar esa teoría –dijo él–. Pero me temo que éste no es el momento más oportuno.

Un canadiense muy alto alcanzó un plato, miró a Avery y preguntó:

–¿Dónde te sientas?

Avery sonrió. Lo había visto en el vestíbulo del hotel. Era un hombre de sonrisa encantadora y, al parecer, muy popular entre la gente.

–Yo no voy a…

Tenía intención de responder que no se iba a sentar porque formaba parte de la plantilla de Jarrod Ridge, pero Guy la interrumpió.

–La señorita está conmigo.

La advertencia de Guy fue tan seca que Avery se asustó. Aquello podía terminar mal.

Capítulo Seis

Avery se alejó de Guy y se sorprendió diciendo al canadiense:

–¿Hay sitio en tu mesa?

El canadiense, cuyo nombre resultó ser Todd, le presentó a un grupo de amigos que reían y charlaban animadamente sobre la experiencia del viaje en globo. Pero Avery no se pudo concentrar en la conversación; era demasiado consciente de la presencia de Guy, que se había sentado en la mesa contigua.

Ni siquiera sabía por qué le prestaba atención. En primer lugar, no eran pareja; y en segundo, era el propio Guy quien insistía en mantener su relación dentro de los límites de una aventura sexual.

Sin embargo, sabía que no estaba siendo justa con él. Guy se equivocaba con ella y malinterpretaba sus actos, pero sus errores de juicio se debían en gran parte a que no le había dicho la verdad sobre Jeff. De hecho, permitió que siguiera en el engaño porque le había parecido lo más fácil. Mientras la creyera una cazafortunas, su relación seguiría como hasta entonces y ella tendría alguna esperanza de olvidarse de él.

Pero la estrategia no había funcionado. Cada vez lo quería más. Y cada vez que Guy demostraba que no confiaba en ella, le molestaba más.

Creía que se había acostado con Jeff y creía que se iba a acostar con Todd. Incluso había pensado que Matt era su amante. No dejaba de sacar conclusiones tan demenciales como apresuradas.

Si la hubiera conocido un poco, habría sabido que ella era incapaz de hacer algo así. Si la hubiera conocido un poco, habría sabido que no era precisamente desinhibida y seductora, sino conservadora y tímida. Pero no la conocía. Y, por lo visto, no quería conocer. Sólo le interesaba su cuerpo.

A pesar de su disgusto, Avery se obligó a concentrarse en el trabajo. A fin de cuentas, no estaba de vacaciones; estaba allí para probar la comida, observar a los invitados y tomar notas sobre todo lo que se pudiera mejorar.

***

Una hora después, Avery se alejó y se subió a una de las furgonetas que iban a trasladar a los invitados para no volver a Jarrod Ridge en compañía

de Guy. Pero su tranquilidad duró poco. Cuando llegaron a su destino, la estaba esperando.

–Te presentaré a Louis Leclere, el chef del Chagall.

–Nos conocimos ayer, en una de las conferencias –explicó–. De hecho, me dijo que sois viejos amigos…

Guy apretó los labios.

–Entonces, te presentaré a nuestro jefe de camareros.

–Ah, también lo conozco. Louis se tomó la molestia de presentarnos. Y ahora que lo recuerdo, quedamos en reunirnos dentro de media hora. Van a enseñarme las cavas de la mansión –dijo–. Será mejor que suba a cambiarme de ropa. No quiero llegar tarde.

Guy le puso una mano en el hombro.

–Avery…

–¿Sí?

–Louis suele tener un efecto devastador en las mujeres. Naturalmente, él sabe que las normas del hotel prohíben que los empleados confraternicen con los clientes, pero no quiero que lo animes a romper las normas.

Avery se apartó, enfadada.

–Yo no estoy sujeta a esas normas. Ni soy un cliente ni formo parte de la plantilla de Jarrod Ridge; soy una profesional autónoma –le recordó–. Además, qué quieres que te diga; siempre he sentido debilidad por el acento francés.

Guy tragó saliva.

Lo había dejado sin habla.

Avery se pasó el resto del día evitando a Guy. Pero a última hora de la tarde, él la encontró en uno de los bares de la mansión, adonde se había retirado para preparar la lista de bebidas de la temporada de invierno.

Se acercó a la barra y declaró, sin preámbulos:

–Siento lo que he dicho esta mañana sobre las normas del hotel.

–No, no lo sientes en absoluto. No me crees capaz de comportarme como una profesional –afirmó.

Guy la miró con incomodidad antes de hablar otra vez.

–¿Decretamos una tregua?

Avery suspiró.

–Está bien. Entiendo que no confíes en mí; pero si te comprometes a tratarme con el respeto que dedicarías a cualquier trabajador del hotel, acepto la tregua.

Él sacudió la cabeza.

–Eso no es posible. No te puedo tratar como si fueras un empleado. Somos amantes.

–Baja la voz, por Dios…

Avery echó un vistazo a su alrededor, nerviosa; pero nadie les prestaba atención. En la barra sólo había tres mujeres y dos hombres, que disfrutaban de unas margaritas y se dedicaban a coquetear sin mostrar ningún interés por ellos.

–Ya no somos amantes, Guy.

–Pero lo fuimos y lo volveremos a ser. Pronto.

Él alzó una mano y le acarició la mejilla.

–Guy, no quiero que la gente sepa que mantenemos una relación.

Guy respiró hondo antes de hablar.

–¿Por qué? No es nada de lo que debamos avergonzarnos.

–Tal vez no lo sea para ti. Todo el mundo pensará que eres un conquistador y no dañará tu imagen pública, pero mi situación es diferente.

–Yo no soy un conquistador –se defendió.

Tras un silencio largo, la miró a los ojos y añadió con suavidad:

–¿Qué te parece si cenamos juntos en el Chagall?

Avery sacudió la cabeza.

–¿Es que no lo entiendes? No quiero que me vean contigo.

–Pero tenemos que hablar sobre tu trabajo… vas a estar varias semanas en Jarrod Ridge.

Ella no se dejó convencer.

–No, esta noche no. Ha sido una jornada agotadora y necesito dormir. Sola.

–En tal caso, me temo que no nos podremos ver hasta dentro de unos días. Una cadena de supermercados de alcance nacional está interesada en adquirir los productos de Go Green y Jeff y yo tenemos una reunión con ellos en Nueva York.

Avery tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para no reaccionar mal al oír el nombre de su socio. Guy había cometido el error de creer la versión de Jeff; una versión que ella alimentaba por el procedimiento de callar. Pero estaba convencida de que ya no podía hacer nada por recobrar su confianza.

–Hablando de reuniones –continuó Guy–, convendría que asistieras a la que tenemos prevista para el día de mi vuelta. Blake se tiene que ir y queremos intercambiar impresiones sobre el festival. Tu opinión nos sería muy útil.

***

Cuando llegó el martes siguiente, Avery se había conseguido engañar hasta el extremo de creer que la desconfianza de Guy no le importaba. Se repetía que sólo quería mantener una relación profesional con un hombre del que, por desgracia, se había enamorado. Y así, con ese convencimiento, llegó a la reunión de los Jarrod, que se iba a celebrar en el último piso de la mansión.

Al entrar en la sala, se llevó una sorpresa. Parecía el salón de una casa normal. De hecho, el ambiente era extraordinariamente agradable y algunos de los presentes departían con toda naturalidad junto a la chimenea.

Un par de minutos después, Blake dio un golpe en la mesa para llamar la atención de los presentes.

–Gavin, Trevor… ¿falta alguien?

–No, sólo falta Melissa –respondió Erica desde uno de los sillones–. Se sentía mal y se ha marchado a casa.

–Últimamente está muy cansada –intervino Christian–. Quizás debería ir al médico.

Guy sacudió unos documentos y dijo:

–Entonces, hablemos de negocios.

Avery pensó que Guy era uno de los hombres más insensibles que había conocido. Aparentemente, sólo le importaba eso, los negocios. Ni siquiera se había inmutado ante la posibilidad de que Melissa estuviera enferma.

Aquello le recordó que tenía un retraso con el periodo y que quizás convenía que se hiciera una prueba de embarazo. Tomaba la píldora y estaba prácticamente segura de no estar embarazada, pero no era un método infalible.

Se sentó, dejó su carpeta en la mesa y tomó una decisión. Al término de la reunión, iría a la ciudad y compraría una prueba de embarazo. Por si acaso.

Guy no la encontraba en ninguna parte.

La había extrañado mucho durante su estancia en Nueva York; y ahora, de vuelta en Aspen, no la podía encontrar.

Rita le dijo que no tenía cita en el balneario y Louis afirmaba que no la había visto en toda la mañana. Y estaba seguro de que tampoco estaba en su habitación, porque en recepción le informaron de que no había usado su tarjeta de acceso.

Se sentía muy decepcionado. Ardía en deseos de contarle lo sucedido en Nueva York. Sorprendentemente, Jeff no se había presentado en la

reunión con los representantes con la cadena; pero habían firmado un acuerdo importante y quería hablar con ella para que le hiciera las críticas y sugerencias que le parecieran más oportunas.

Al final, sacó el teléfono móvil, localizó su número y la llamó.

Avery respondió enseguida.

–¿Dígame?

–¿Dónde estás? –preguntó de forma brusca.

–En Aspen.

–No sabía que tuvieras intención de ir a la ciudad.

–No lo sabías porque no lo preguntaste.

Guy desconfió de inmediato.

–¿A qué viene tanto secreto?

–¿Secreto? No pretendía que fuera un secreto.

Avery se estremeció. No estaba siendo sincera con él. Y se sentía culpable.

–Tenemos que hablar –dijo Guy.

–¿De qué?

Guy se quedó en silencio durante un par de segundos. La conversación no iba por los cauces que había imaginado.

–Da igual, no importa.

–Podemos hablar cuando vuelva –dijo ella–, pero ahora tengo que dejarte.

Avery cortó la comunicación y Guy se quedó mirando el teléfono, perplejo. Lo había dejado con la palabra en la boca.

No entendía nada. En Nueva York, Avery se había portado como si estuviera enamorada de él; ahora, en cambio, no tenía tiempo ni para hablar.

Guy no quería que se enamorara; sólo quería una relación sexual, una buena relación sexual. Pero su indiferencia le molestaba más de la cuenta.

Sacudió la cabeza, confuso.

No sabía qué hacer, pero sabía que debía llevarla a la cama tan pronto como fuera posible. La experiencia le decía que el sexo solucionaba cualquier problema.

Capítulo Siete

Avery estaba en el cuarto de baño de su habitación del hotel, mirando la línea rosa de la prueba de embarazo.

Pensaba que se sentiría aliviada, pero no fue así. De hecho, se sentía inexplicablemente triste, casi a punto de llorar.

Se había hecho dos pruebas para estar más segura, pero las dos habían dado el mismo resultado. No estaba embarazada.

Acababa de comprender que quería tener un hijo, que ardía en deseos de tener una familia y que necesitaba tener a Guy; pero supuso que era pedir demasiado.

Justo entonces, llamaron a la puerta del servicio.

Avery se sobresaltó un poco y abrió.

–¿Puedo entrar?

Era Guy.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–He venido a ayudarte a mover tus cosas.

–¿A mover mis cosas?

–¿No te han llamado de recepción? He cambiado tu alojamiento… no sabía que estuvieras en este ala del hotel. Las vistas no son buenas.

–¿Qué importa eso? Paso muy poco tiempo en la habitación. Además, comprendo que el festival es mala época para estas cosas. Es obvio que tendréis mucha gente.

–Pues tendrías que vernos en la temporada alta de invierno. Es infernal –comentó–. ¿Nos vamos? Seguro que no tardas mucho en hacer el equipaje.

–No voy a hacer el equipaje.

–Si no quieres mudarte a otra habitación, puedes venir a mi suite. Además, todavía estoy esperando que respondas a mi propuesta. Te he dado más tiempo del que necesitabas para tomar una decisión.

Avery hizo caso omiso de la segunda parte del comentario.

–No me voy a mudar a tu suite.

Él le puso las manos en los hombros y dijo:

–Quiero que estés conmigo.

–¿Para qué? No quiero ser tu amante.

–Y yo no voy a aceptar un no por respuesta.

Ella suspiró, frustrada.

–Tendrás que aceptarlo. No puedes llevarme a tu suite por la fuerza.

–Pero puedo usar todos los recursos de los que disponga para intentar convencerte…

–Necesito un poco de espacio, Guy.

–¿Por qué? Admite de una vez que me deseas.

–Te recuerdo que estamos trabajando juntos y que intento mantener una distancia razonablemente profesional. Tú también necesitas espacio. Si estamos demasiado tiempo juntos, nos volveremos locos –alegó.

–Yo no quiero distancia entre nosotros. Ya hemos perdido casi una semana. Quiero disfrutar hasta el último minuto del tiempo que nos queda.

Repentinamente, Guy se inclinó sobre ella y la besó. Fue un beso intenso y posesivo, un beso que no dejaba lugar a dudas.

Guy la quería a su lado constantemente, todas las noches.

Quería acostarse con ella y amanecer con ella.

Pero Avery retrocedió.

–No. Voy a seguir aquí, en esta habitación. Ya no soy tu amante, Guy. No quiero recibir un trato especial. No quiero que los empleados del complejo hotelero y los miembros de tu familia se llamen a engaño sobre nuestra relación.

Él le apartó el cabello de la cara.

–Voy a insistir hasta que cedas –dijo.

–Insiste todo lo que quieras, pero mi respuesta será la misma. He trabajado muy duro para llegar donde estoy. No voy a permitir que destroces mi reputación y que la gente crea que tengo este puesto porque me he acostado con uno de los poderosos Jarrod.

–Eso no parecía importarte mucho en Nueva York.

–Porque entonces no sabía que fueras uno de los Jarrod de Aspen –le recordó–. Además, en Nueva York no conozco a nadie de mi ámbito laboral; en cambio, Aspen está lleno de colegas de profesión, de gente que me respeta y que me puede conseguir otros trabajos.

Avery se detuvo un momento antes de continuar.

–¿Cuánto tiempo crees que duraría su respeto si supieran que me alojo en tu suite?

–Estás exagerando, Avery. No pasará nada.

–Siempre pasa, Guy. Todos pensarán que soy una pelandusca que se ha buscado un amante rico. Tú mismo me acusabas de eso hace unos días.

Guy bajó la cabeza.

–Tienes razón. Discúlpame. Fui muy grosero contigo.

–Acepto tus disculpas, pero eso no cambia las cosas. Me voy a quedar donde estoy.

Él permaneció en silencio un buen rato.

Cuando por fin habló, dijo:

–Tenemos que preparar la conferencia de mañana.

Ella volvió a suspirar.

–Está bien. Dame una hora y pasaré por tu suite. Si te apetece, acepto que me invites a cenar; pero no creas que voy a cambiar de opinión –puntualizó–. No me quedaré a pasar la noche contigo.

Avery fue fiel a su palabra.

El intercomunicador sonó exactamente una hora después. Guy activó el ascensor privado para que llegara a la suite y, a continuación, le abrió la puerta.

Ella entró en el salón con un bolso grande colgado del hombro y una sonrisa en la cara. Llevaba zapatos de tacón de aguja, unos vaqueros blancos y una blusa roja, de seda, que se le ajustaba al cuerpo.

Le pareció tan bella que deseó lamerla.

–Entra –dijo con voz ronca.

–Vaya, qué buen aspecto tiene…

La mirada de Avery se había fijado en las tapas que Guy había servido en una mesita, entre dos sofás que miraban hacia la chimenea.

–Qué curioso –continuó ella–. La visión de la comida siempre me recuerda que llevo demasiado tiempo sin comer.

Él sonrió.

–Bueno, no me des las gracias a mí. Ha sido cosa del servicio de habitaciones.

Avery lo miró con humor y se sentó en un sofá.

–Y yo que pensaba que estarías en la cocina, trabajando como un esclavo para saciar mi hambre. Aún me debes una cena, por cierto. Me prometiste una en Nueva York y no la llegué a disfrutar.

Guy prefirió no decir nada. No podía olvidar que lo había traicionado con Jeff el día de su cumpleaños.

–Tenemos mucho trabajo –dijo de forma brusca–. Será mejor que empecemos.

Ella no se dio por aludida.

–Cuando estaba contigo, casi toda la comida que tomábamos procedía del restaurante Baratin –le recordó.

–Y eso, ¿qué tiene de malo? –quiso saber–. La mayoría de la gente mataría por no tener que cocinar nunca.

–Pues yo cocino.

–Muy ocasionalmente. Y sólo preparas desayunos. De hecho, casi siempre preparabas lo mismo: tostadas y cereales.

Ella no lo pudo negar. Tenía razón.

–¿Sabes cuánto intimida cocinar para un chef? No, es evidente que no. Y lo peor del asunto es que nunca has cocinado para mí. Me empiezo a preguntar si verdaderamente sabes o si eres un fraude.

Guy rompió a reír. A pesar del recuerdo de su cumpleaños, Avery siempre se las arreglaba para sacarle una sonrisa.

–Yo mismo me lo pregunto de vez en cuando –le confesó–. De un tiempo a esta parte paso más tiempo con el papeleo que en la cocina. Por primera vez, mis credenciales como chef me resultan menos útiles que los cursillos de gestión de empresa que mi padre se empeñó en que estudiara.

Ella se recostó en el sofá y cruzó las manos por detrás del cuello. Tenía los ojos medio cerrados y a Guy le pareció la tentación en persona.

–Siempre me quedo impresionada cuando veo un programa de cocina. Esos chefs tan eficientes, cortando cebollas sin llorar y presentando platos excepcionales en cuestión de minutos… Tienes que enseñarme.

Guy se resistió al impulso de ir a la cocina y hacerle una demostración en directo.

–Te enseñaré algún día.

Avery se quitó los zapatos, enseñándole sus uñas pintadas de rosa, y sacó una libreta y un bolígrafo del bolso.

–Bueno, ¿por dónde empezamos?

Guy no podía apartar la mirada de ella. Los vaqueros y la blusa se le ajustaban tanto al cuerpo que la habría devorado de buena gana.

–Yo… bueno, he preparado una presentación en PowerPoint que podría sernos útil –acertó a decir.

Ella señaló la pantalla de televisión que estaba contra una de las paredes y dijo:

–Veámosla.

Guy se frotó la nuca.

–Cuando terminemos de hablar.

Charlaron durante alrededor de veinte minutos; pero Guy estaba tan embriagado por su belleza que, transcurrido ese tiempo, no podía recordar ninguna de las palabras que habían pronunciado. Sólo se acordaba de que Avery había tomado muchas notas y hecho unas cuantas sugerencias.

Aquella mujer lo descentraba por completo.

–Bien, creo que ya hemos terminado con eso –dijo ella.

Guy se sintió aliviado cuando Avery alcanzó una tapita de chorizo picante y se la llevó a la boca. Por lo menos, ya no estaría sometido a la tortura de hablar de trabajo o de intentarlo mientras la miraba.

–Está muy rico. Iría perfectamente con un tempranillo de varios años –comentó.

–Sí, sería una combinación perfecta.

Ella frunció el ceño.

–Detecto una especia que no reconozco…

Guy intentó convencerse de que podía concentrarse en los detalles de la comida y los vinos, pero su cuerpo se negaba a creerlo.

No podía hacer otra cosa que admirar la boca de Avery y relamerse, como un sabueso que hubiera localizado su presa.

–¿Has comido?

Él sacudió la cabeza en silencio. No se atrevía ni a hablar.

–Pues deberías.

Con suma elegancia, ella alcanzó un palillo, pinchó una de las tapitas de chorizo, le añadió una rodaje de tomate y se lo ofreció.

El corazón de Guy se detuvo.

Inclinó la cabeza y permitió que le llevara la comida a la boca, absolutamente consciente de la intimidad del acto.

La suavidad del tomate y el picante del chorizo combinaban bien.

–¿Qué crees que es? –preguntó ella, frunciendo otra vez el ceño–. Me refiero a la especia que no consigo reconocer.

–Es pimentón. Una de las variedades españolas de la paprika.

Ella chasqueó los dedos.

–Es verdad –dijo mientras alcanzaba una aceituna negra y brillante–. ¿Y bien? ¿Qué ideas tenías para los menús nuevos de los restaurantes de Jarrod Ridge?

Él hizo un esfuerzo y se concentró.

–Pensaba cambiarlos por completo.

Avery se llevó otra aceituna a la boca. Guy estuvo a punto de gemir.

Sin embargo, logró contenerse por el procedimiento de empezar a

comer. Y lo hizo tan deprisa que, poco después, todos los platos estaban vacíos.

–¿Cuándo me vas a enseñar esa presentación?

Guy pensó que debía de estar bromeando. Pero no era una broma. Había apoyado la libreta en un muslo y blandía el bolígrafo entre los dedos.

Avery había ido a trabajar y pretendía trabajar.

Desesperado, le puso una mano en la pierna.

–Guy…

Guy apartó la mano y suspiró.

No tenía más remedio que encender el maldito televisor y enseñarle la presentación.

Bajó la intensidad de la luz y metió el CD correspondiente, antes de acomodarse junto a ella. Al cabo de unos minutos, cuando Avery dejó la libreta en la mesita, declaró:

–¿Ya has visto suficiente?

Ella negó con la cabeza.

–No. Quiero verlo todo.

Guy la miró con exasperación. Había visto la presentación tantas veces que sintió la tentación de alcanzar el mando y pasarla a toda velocidad.

Estaba harto de trabajo.

Ardía en deseos de besar a Avery.

De repente, ella le apoyó la cabeza en el hombro y Guy le pasó un brazo por encima. Avery lo recompensó frotándose contra él.

Pero se equivocó al pensar que era un gesto de pasión. Cuando la miró, descubrió que se había quedado dormida.

Tenía un aspecto increíblemente joven e inocente con los párpados cerrados y aquellas pestañas largas y oscuras. Guy la acarició dulcemente y ella se movió un poco, pero no se despertó.

Alcanzó el mando a distancia con la mano libre y apagó el televisor. Después, alzó en brazos a Avery y la llevó al dormitorio. Una vez allí, la acostó, la tapó con la sábana y se quitó la camisa y los vaqueros para tumbarse a su lado.

Ella se apretó contra él.

La espontaneidad de su reacción lo emocionó profundamente. Guy la abrazó, cerró los ojos y aspiró su aroma.

Esa vez no iba a permitir que lo abandonara.

Despertó en una habitación desconocida.

Parpadeó al sentir la luz de la lamparita de noche y se llevó una buena

sorpresa al descubrir que estaba pegada a Guy.

Tardó un momento en comprender lo sucedido. Evidentemente, se había quedado dormida en algún momento y él la había llevado al dormitorio. Pero no habían hecho el amor. Se habría acordado.

Por el contacto de sus piernas, supo que Guy se había quitado los pantalones. Sin embargo, ella estaba completamente vestida.

Al menos, había tenido la decencia de no desnudarla.

Y de no intentar seducirla.

Pero se dijo que eso no demostraba nada y se apartó de él. Guy se movió en sueños y se tumbó de espaldas.

Suspiró. No habían transcurrido más de diez semanas desde que se conocieron, pero aquel hombre había cambiado su vida. Y Avery era muy consciente de que el final del festival de Aspen implicaría el final de su relación.

Durante unos momentos, consideró la posibilidad de apretarse otra vez contra él, despertarlo y hacerle el amor; así tendría otro recuerdo bello cuando se marchara.

Pero rechazó la idea.

No iba a pasar la noche con Guy. No iba a ser su amante. Por lo menos, hasta que aprendiera a confiar en ella de verdad.

Prefería huir como una ladrona en la madrugada a afrontar la humillación de que los empleados del hotel la vieran saliendo de la suite al día siguiente.

Se levantó, se dirigió al salón, que estaba a oscuras, y recogió los zapatos, la libreta y el bolso antes de marcharse.

Guy se estiró e intentó alcanzar a Avery, pero se había ido.

Su lado de la cama estaba frío, sin un simple resto de calidez. Las arrugas de la almohada y el eco de su perfume eran las únicas pruebas de que, efectivamente, había estado allí.

Aunque Avery había dicho que no tenía intención de mudarse a la suite, Guy albergaba la esperanza de que cambiara de opinión si la conseguía llevar a sus dominios. Por supuesto, no esperaba que se quedara dormida en el sofá; pero ya que se había quedado dormida, esperaba que siguiera allí por la mañana.

Su ausencia le dejó una sensación de vacío.

Pretendía convencerla de que sus escrúpulos eran absurdos. Quería tomarla entre sus brazos y hacer el amor con ella en la cama y en la ducha; quería repetir la experiencia de aquellos días en Nueva York.

Pero estaba solo.

Las cosas no estaban saliendo como había planeado. Su vida había cambiado radicalmente durante los dos meses anteriores. Avery lo había traicionado, Jeff lo había traicionado, su padre había muerto y, por si eso fuera poco, había descubierto que tenía una hermanastra más.

Era una locura.

Por primera vez en su vida, no tenía respuestas.

Quería odiar a Erica y no podía. Quería perdonar a Jeff y no podía. Quería superar el dolor por la pérdida de su padre y no podía. Incluso se había convencido de que lograría convencer a Avery para que retomaran su relación, pero tampoco era posible.

Avery había cambiado.

Como toda su existencia.

Capítulo Ocho

Avery estaba en el estrado del pabellón principal, esperando con ansiedad a que Guy apareciera. Tomó un poco de agua y fingió comprobar las notas que había escrito en el ordenador portátil durante las horas anteriores al alba, cuando debería haber estado durmiendo.

No estaba nerviosa por la perspectiva de enfrentarse a los asistentes al acto, sino por volver a verlo a él.

Se había marchado de su habitación en plena noche y, como castigo, no había podido dormir.

En cambio, él habría dormido como un tronco.

Cuando lo distinguió en la distancia, su corazón se aceleró. Se había puesto unos pantalones oscuros y una camisa blanca que llevaba por fuera, con desenfado. Era evidente que aquella mañana no se había afeitado, pero lejos de disminuir su atractivo, lo aumentaba.

Guy la miró a los ojos y le dedicó una sonrisa.

Una sonrisa llena de promesas que a ella le parecieron vacías.

Avery apartó la mirada y echó un vistazo a su alrededor, temiendo que alguno de los presentes hubiera notado su gesto de complicidad; pero se tranquilizó al comprobar que nadie se había dado cuenta.

–Has huido de mí –susurró él.

Guy dejó su portátil en la mesa y se sentó.

–Calla –dijo ella, frunciendo el ceño–. No quise despertarte. Tenías un aspecto tan inocente… parecías un bebé.

Él se ruborizó un poco, pero contraatacó.

–Pues te aseguro que no me sentía tan inocente como un bebé cuando me desperté esta mañana.

Avery lamentó no haberse quedado con él. Había perdido una noche de pasión y también de sueño, porque sabía que entre sus brazos habría dormido mejor.

Como tantas veces, intentó odiar a Guy y se intentó convencer de que no quería una aventura amorosa; pero en el fondo de su corazón, sabía que lo deseaba con toda su alma y que, al final, terminaría cediendo.

–Es una pena que te marcharas –añadió él.

Guy lo dijo en voz tan baja que apenas lo pudo entender, pero fue suficiente para que Avery se estremeciera.

–Basta ya, Guy. Estamos aquí por trabajo. Mi carrera es importante para mí.

Él asintió.

–Sí. Lo sé y lo comprendo.

–Excelente.

Avery se dijo que no habría más noches de placer, que lo sacaría de su corazón y de su vida y que no permitiría que arruinara su reputación: ella no era una buscona ni una cazafortunas que se acostaba con su jefe.

Debía ser firme y oponerse a sus deseos.

Debía mantener las distancias con Guy.

Porque tenía tanto poder sobre ella que, si se dejaba llevar, estaría perdida.

Cinco días más tarde, dieron su segunda conferencia conjunta. Pero esa vez no hubo insinuaciones amorosas; sólo hubo trabajo.

Los dos habían caído en la rutina desde que ella se quedó dormida en el salón de la suite. Avery revisaba el funcionamiento de los bares y restaurantes de Jarrod Ridge y dedicaba varias horas al día a estudiar los platos y los vinos que Guy quería añadir a los menús. Más tarde, a primera hora de la noche, se reunían en la suite, pedían algo de cenar al servicio de habitaciones y analizaban la situación.

Su relación se había asentado en un nivel deliciosamente doméstico, que a ella le encantaba.

Cuando terminaron la conferencia, un par de gastrónomos se acercaron a hablar con Guy y con Louis, el chef francés del Chagall. Poco después, aparecieron Trevor y Gavin y se unieron al grupo.

Trevor estrechó la mano de Avery y dijo:

–Buen trabajo. Has logrado que desee visitar alguna de esas bodegas de California de las que hablas.

Ella sonrió.

–Gracias. Empieza con El Dorado… es una bodega que conozco muy bien. A fin de cuentas, crecí en ella.

Erica se acercó con Christian y la conversación giró hacia su boda, que pensaban celebrar en diciembre.

–He pensado en servir cócteles de champán a los invitados, a medida que lleguen –dijo Erica–. ¿Qué te parece, Avery?

–Me parece una buena idea.

–Ah, Trevor… tenemos que decidir el lugar de la ceremonia. Y como tú vives aquí, Christian me ha sugerido que lo hable contigo.

–No creo que yo sea la persona más adecuada para aconsejarte –dijo Trevor–. Soy un solterón empedernido y no sé nada de bodas.

Todos rieron.

–Pero también eres el jefe de mercadotecnia del hotel y, en consecuencia, la persona más adecuada para responder esa pregunta –afirmó–. Además, Christian tiene razón; él y tú sois los únicos que vivís permanentemente en Aspen.

–Está bien, está bien, intentaré ayudaros –declaró Trevor–. Veamos… queréis celebrar la boda en diciembre, ¿verdad?

–Sí.

–Entonces, sugiero que Guy y Blake se disfracen de Papá Noel –bromeó.

–Eh, que te he oído… –protestó Guy desde el extremo opuesto del grupo.

Erica rió.

–Eso estaría bien. Sólo necesitarían un par de barbas blancas, pero preguntaré por ahí. Seguro que se pueden encontrar.

–Olvídalo –dijo Guy, molesto.

Todos volvieron a reír.

–Ya en serio –continuó Erica–, Christian y yo tenemos intención de pedir consejo y ayuda a los vecinos de Aspen para organizar la boda.

Guy asintió.

–Buena idea. Les gustará mucho, por no mencionar que sería un gesto de buena voluntad por parte de Jarrod Ridge.

Erica sonrió y Guy le devolvió la sonrisa. Avery supo en ese momento que Guy ya no desconfiaba de su hermanastra. Ella se había ganado su confianza.

Minutos después, Avery se excusó y se alejó del grupo. Mientras caminaba, tuvo la seguridad de que Guy no era la única persona que la estaba mirando.

–Es una mujer preciosa –comentó Louis.

Guy soltó un gemido que llamó la atención de Christian.

–¿Es que no te parece guapa, Guy? –preguntó–. ¿O has estado tan ocupado que no te has dado cuenta?

–Oh, vamos, cualquiera se daría cuenta…

Christian lo miró con humor.

–Vaya, vaya, así que lo has notado. Y dime, ¿vas a hacer algo al respecto?

Guy cruzó los dedos mentalmente.

–No, nada.

–Entonces, eres idiota –intervino Trevor–. Ella es somelier y tú eres restaurador… no se me ocurre mejor combinación profesional.

–Empiezas a hablar como papá, Trevor. ¿Qué te hace pensar que querría hablar de trabajo con mi amante?

–Pero tendríais algo en común, algo que os gusta a los dos –dijo Gavin–. En cambio, yo estoy lejos de lo que me gusta y de todo lo que conseguí durante los diez últimos años. Me siento como si estuviera enterrado en vida.

–Gavin tiene razón, Guy. Avery y tú tenéis muchas cosas en común.

Guy se empezaba a sentir presionado. No quería que su familia supiera lo sucedido. Cuando se enteraran de que Avery lo había traicionado, cerrarían filas contra ella; pero él se sentiría más idiota que nunca por haberse dejado engañar.

–Menos mal que Blake se ha marchado a Nueva York. Si estuviera aquí, también estaría sufriendo tu interrogatorio –dijo Guy, desviando la conversación.

–Bueno, todavía puedo hablar con Melissa…

–Si la encuentras. No la he visto en toda la mañana.

–Habrá ido al balneario.

–No, yo pasé hace un rato por allí y no la vi –declaró Christian.

–Ya aparecerá –dijo Guy, arqueando una ceja–. Y cuando la encuentres, seguro que intentas emparejarla con algún hombre. Está visto que te encanta ejercer de Celestina, Erica.

Los Jarrod rieron y Guy se sintió aliviado. Había conseguido que la atención de sus familiares se volviera a centrar en Erica y Christian.

Ya se había hecho de noche cuando volvió a ver a Avery. Se encontraron en uno de los caminos del jardín, volviendo a la mansión.

–Quería hablar contigo sobre el informe de los restaurantes…

–Prefiero que lo dejemos para otro momento.

Guy decidió presionar. No quería perderla de vista.

–No, tiene que ser esta noche. Ven a la suite cuando hayas terminado.

–¿No podría ser en el bar? Quiero añadir unas cuantas variedades de cerveza a la lista de la temporada de invierno.

Él la miró un momento y comentó:

–Se me ocurre una idea mejor. ¿Qué te parece si nos vamos a Aspen? Visitaremos restaurantes y bares y echaremos un vistazo a los productos de la competencia.

Los ojos de Avery se iluminaron.

–¿Por qué no? Sería divertido.

Guy pensó que, además de divertido, sería conveniente. Si se marchaban a Aspen, no correría el peligro de encontrarse otra vez con su familia. Aunque sus bromas no le molestaban, tenía miedo de que descubrieran la verdad sobre Avery y la rechazaran.

Pero hasta él mismo había olvidado lo que era. Una cazafortunas. La mujer que lo había engañado con su propio socio.

Avery llegó a la conclusión de que se podría enamorar perdidamente de Aspen.

La calle principal estaba llena de gente y de coches de todo tipo, desde camionetas hasta deportivos de lujo. Y la gama de establecimientos era tan amplia que se podía encontrar cualquier cosa que se quisiera.

Cuando Guy aparcó, ella salió el vehículo y miró a su alrededor con expresión de niña maravillada. Estaba tan encantada con la ciudad que casi no notó que Guy se acercaba y la tomaba de la mano.

–Vamos a ese bar –dijo él, señalándolo con un dedo–. Si te parece bien, será el primer sitio que espiemos.

Ella arrugó la nariz y declaró:

–Hasta cabe la posibilidad de que me ofrezcan trabajo…

Él sacudió la cabeza.

–Ah, no; no te comprometerás con nadie hasta que termines en Jarrod Ridge. De hecho, te obligaré a ponerlo por escrito –bromeó.

Ella soltó una risita.

De repente, Guy la tomó entre sus brazos y la besó con suavidad. Avery se dejó llevar al principio, pero se apartó enseguida, confusa.

Necesitaba poner distancia entre ellos, así que utilizó la primera excusa que se le vino a la cabeza.

–Ah, una galería de arte… voy a echar un vistazo.

–¿Ahora? Casi hemos llegado al bar…

–Sólo quiero mirar un poco. Pero si prefieres quedarte fuera, quédate; no tardaré demasiado –le aseguró.

Avery entró en la galería y se dedicó a admirar las obras de las distintas salas. Unos segundos después, entró en una sala donde sólo se exponía un

cuadro.

Y se quedó helada. Era precioso.

Justo entonces, notó que Guy estaba a su lado. –Es una maravilla, ¿no te parece? –Sí. La voz de Guy sonó tan seca que a Avery le sorprendió. Cuando se giró hacia él, vio que estaba pálido.

–¿Guy? ¿Qué ocurre?

–Será mejor que te espere fuera.

Guy se marchó y Avery volvió a mirar el cuadro. Era la representación abstracta de un río. Una obra llena de ira y energía.

–Interesante, ¿verdad?

Avery ni siquiera miró al hombre que se había acercado. Supuso que sería el dueño de la galería, pero estaba tan embriagada con el cuadro que no podía apartar la vista.

–Sí, muy interesante.

–A Margaret Jarrod le encantaba pintar elrío Roaring Fork. Ésta es una de sus últimas obras –le informó.

–¿Margaret Jarrod?

–Sí, la esposa de Don Jarrod. Pensé que lo sabía…

Avery sacudió la cabeza.

–Toda la ciudad se llevó un disgusto cuando Don murió.

–Sí, fue una tragedia para la familia.

–Para la familia y para todo el mundo. El complejo hotelero ayudó a potenciar la economía de Aspen. De hecho, Don creó el festival de vino y gastronomía para ayudar a la ciudad. Todavía hay gente que tiene miedo de que sus hijos lo vendan.

Avery no supo qué decir.

–Precisamente estoy aquí por el festival. Es todo un acontecimiento –dijo con una sonrisa tensa–. En fin, espero que me disculpe. Guy me está esperando.

Cuando salió a la calle, Guy seguía con la misma expresión tensa. Avery ya había llegado a la conclusión de que se había marchado porque no soportaba ver el cuadro de su madre. Y aunque sentía curiosidad, prefirió dejar las preguntas para otro momento.

Lo tomó del brazo y dijo:

–Venga, llévame a ese bar. Quiero espiar a la competencia.

El bar resultó ser un establecimiento lleno de gente con pantalones vaqueros; pero no eran vaqueros normales y corrientes, sino de marca. Obviamente, era un local famoso entre los propietarios de ranchos de la

zona.

Pidieron las bebidas al camarero y Avery se apresuró a echar un vistazo a la carta de vinos y cervezas.

–No está mal –dijo al cabo de unos segundos.

–Pero tú lo harías mejor.

–Por supuesto que sí.

Avery dejó la carta en la barra.

–Dime cómo.

–Para empezar, incluiría vinos internacionales; casi todo lo que tienen aquí procede de las bodegas del valle de Napa. Y con los cócteles pasa lo mismo. Aunque sus nombres sean elegantes, no hay nada refrescante o nuevo. No tienen imaginación. –Es decir, que juegan a lo seguro. Ella asintió. –Exacto. –Y tú prefieres arriesgarte. Avery sonrió con ironía. –Olvídalo, Guy; no voy a morder ese anzuelo. Tengo demasiada imaginación.

Él sonrió.

–Pero si no te he propuesto nada…

–No es necesario. Sé que lo has dicho con segundas intenciones.

Cuando terminaron sus copas, salieron del bar y se dirigieron a la calle Mill. Al pasar por delante de un restaurante, Avery oyó un ruido metálico.

–¿Qué es eso?

–Será un oso.

Ella se detuvo en seco y lo miró.

–¿Un oso? Estás de broma, ¿verdad?

Él sacudió la cabeza.

–Ni mucho menos. Suelen entrar en la ciudad en esta época del año. En ese momento aparecieron dos adolescentes que llevaban una señal de Stop. El sonido que habían oído era el tintineo de la señal.

–¿De dónde habéis sacado eso? –preguntó Guy.

–Lo siento, señor… la devolveremos enseguida.

Los chicos desaparecieron tras la esquina entre risas.

–Así que era un oso, ¿eh? –dijo ella, frunciendo el ceño–. Espero que esos diablillos devuelvan la señal a su sitio.

–Seguro que la devuelven. Sólo son chavales haciendo travesuras. No tienen aspecto de delincuentes comunes.

–¿Sabes diferenciarlos?

–Por supuesto. Hasta yo fui un adolescente –bromeó.

Guy la llevó a un bar y abrió la puerta. Cuando entraron en el

establecimiento, ella siguió con la misma conversación.

–Bueno, me alegro de que no fuera un oso. Se cómo tratar a los adolescentes cuando se ponen pesados, pero a un oso…

El camarero de la barra saludó a Guy y dijo:

–He oído lo que decías. ¿Ya te ha contado lo de nuestros problemas con los osos negros?

–¿Es cierto? Pensaba que Guy me estaba tomando el pelo.

El camarero se cruzó de brazos.

–No era una tomadura de pelo. En cierta ocasión, un oso se encaramó al árbol que está delante de los juzgados.

Avery parpadeó.

–¿De verdad? ¿Delante de los juzgados? –preguntó ella entre risitas–. ¿Y qué hizo el sheriff? ¿Arrestarlo por allanamiento por entrar en una propiedad privada?

Guy sacudió la cabeza.

–El sheriff no hizo nada. Y tampoco intervino cuando unos oseznos destrozaron una cocina en busca de comida después de que su madre derribara la puerta de la casa.

–Vaya…

–Por si acaso, no des comida a los osos que veas por ahí.

–Descuida, no lo haré. De hecho, no tengo intención de acercarme a menos de cien metros de un oso.

–Ah, siempre tan atrevida… –ironizó Guy.

Avery sonrió.

El camarero se dio cuenta de que estaba sobrando y preguntó:

–¿Qué queréis tomar?

–Una margarita –respondió Avery.

–¿Y tú, Guy?

–Una cerveza.

Guy alcanzó la carta de bebidas y le echó un vistazo, pero Avery no tenía ganas de volver a las conversaciones profesionales.

–¿Has visto osos en los bosques? Debe de ser una experiencia increíble. Siempre que te encuentres a una distancia prudencial, por supuesto.

–Sí, claro, los he visto muchas veces. Y ahora que lo dices, se me ocurre una forma perfecta de ver osos sin correr ningún peligro.

–¿Cuál?

–Subirte a un globo.

–¡Olvídalo! Prefiero quedarme en tierra y desear volar que estar

volando y desear estar en tierra –alegó.

Guy soltó una carcajada.

–Bueno, vamos a ver la carta de bebidas. Descubramos si la competencia lo está haciendo mejor que nosotros.

Capítulo Nueve

Guy no dijo nada sobre su extraña reacción en la galería de arte. Pero varios días después, a Avery se le presentó la oportunidad de saber algo más de él y de sus sentimientos.

Estaban sentados a una mesa, junto a la piscina del hotel, hablando de negocios. Ella se había llevado el ordenador portátil para aprovechar el tiempo y tomar notas.

–Quiero enseñarte una cosa –dijo Guy de repente.

Ella se estiró y sonrió. Estaba de buen humor. Matt había llamado por teléfono y le había dicho que su tío se había recuperado.

–¿De qué se trata?

–Tendrás que apagar el ordenador, porque nos llevará un rato.

La mirada de Guy era tan intensa que Avery bajó los brazos enseguida. Al estirarse, la camiseta se le había pegado un poco más a los senos.

–¿Cuanto tiempo, exactamente?

–Veo que hoy tienes ganas de hacer preguntas.

Guy se levantó sin dar más explicaciones. Ella apagó el ordenador porque lo conocía lo suficiente como para saber que sólo podría saciar su curiosidad si lo seguía.

Salieron de la piscina, volvieron al hotel y entraron en un ascensor. Cuando las puertas de metal se volvieron a abrir, ella dijo:

–Estamos en la planta de mi habitación. ¿Adónde me llevas?

Guy no dijo nada. Se dirigió a su habitación y se detuvo ante la puerta.

–Abre.

–¿Qué está pasando aquí?

–Nada grave. Sólo quiero que recojas tu bañador y una toalla, porque nos vamos de picnic –respondió.

–¿De picnic?

Guy sonrió.

–¿Por qué no?

–¿No tenías mucho trabajo que hacer?

–Es lunes, el día más tranquilo del complejo hotelero. El sol brilla, la

temperatura es excelente y me ha parecido que es la ocasión perfecta para enseñarte la mejor piscina natural de Colorado. Además, me gustaría probar tu teoría de que la comida sabe mejor al aire libre –contestó.

–Y supongo que has preparado personalmente el festín…

–No, me temo que no. Ha sido Louis.

–En ese caso, debería ir de picnic con Louis.

Avery lamentó haber dicho eso. Había sonado tan mal que tuvo miedo de que Guy se sintiera ofendido.

Pero Guy se limitó a sonreír otra vez.

–No, no, no. El picnic lo he organizado yo y tú te vendrás conmigo.

Avery rió y se tranquilizó un poco. Al parecer, Guy era un hombre menos irascible de lo que había imaginado.

Deseó conocerlo mejor y empezar a comprender sus motivaciones. Aquel día estaba encantador con ella, pero Avery quería algo más que su encanto; quería volver a estar con el hombre apasionado y complejo que había atisbado un par de veces bajo su máscara de seriedad.

Y el picnic era la oportunidad que buscaba.

–Está bien, acepto tu propuesta. Dame un par de minutos para que guarde el portátil y me ponga el bañador.

Guy detuvo su furgoneta negra bajo unos árboles y llevó a Avery por un sendero del bosque hasta llegar al río. A pocos metros de allí, una formación rocosa creaba una enorme piscina natural.

–Aquí tienes el secreto mejor guardado de Colorado –dijo él.

–Vaya… el agua es tan clara que se ve hasta el fondo.

–Sí, pero no te acerques mucho a la parte del sur. Hay una catarata y la caída es grande –le informó.

Guy la tomó de la mano y Avery sintió una alegría inmensa ante su contacto. Era lo que quería. Su cariño. Sin fondo alguno de desconfianza.

Él se acercó a un sauce y dejó la cesta con la comida en la hierba. Después, se quitó la camiseta y Avery contuvo la respiración al contemplar los músculos de su pecho y de su estómago bajo la luz del sol.

Antes de que Guy notara el efecto que había causado en ella, Avery se dio la vuelta y se quitó los pantalones y el top, quedándose sin más ropa que el biquini de color verde lima que se había puesto.

Cuando se volvió a girar, él ya se había zambullido en la charca.

Avery se acercó y entró en el agua, pero sólo hasta que le llegó a las rodillas.

–Está fría –protestó.

–Por supuesto que está fría. ¿Qué esperabas? ¿Una sauna?

Ella se estremeció al recordar lo sucedido en la sala de masajes del balneario. Pero lo olvidó inmediatamente cuando el agua llegó a la altura de su pezones y se le endurecieron.

–Deberías haberte lanzado de golpe. Es mejor –dijo él.

–Maldito canalla… Esto me lo vas a pagar.

Guy desapareció bajo la superficie, reapareció a poca distancia y le lanzó agua. Ella respondió y se enzarzaron en una batalla que duró unos minutos.

Poco después, salieron del agua y se tumbaron en la hierba.

–Siempre me prometes que algún día cocinarás para mí.

–¿En serio?

–¿Es que ya no te acuerdas?

Él se encogió de hombros.

–Ten en cuenta que estoy muy ocupado.

–Sí, dijiste lo mismo en Nueva York –ironizó–. Y también dijiste que lo echabas de menos, que crear platos nuevos para tus clientes no te parecía tan satisfactorio como cocinar para la familia y los amigos.

Guy la miró con interés.

–Parece que digo muchas cosas.

–Entonces, te acuerdas –afirmó ella.

Él sonrió.

–Sí, vagamente.

Guy se sentó, alcanzó la cesta y la abrió.

–Hay una selección de quesos, una barra de pan, pepinillos, uvas y una terrina con pasta de frutos secos que está irresistible.

Sacó el contenido y lo puso sobre un paño blanco y azul.

–También he traído una botella de vino tinto de Sonoma. Hoy no hay champán… no quiero que estornudes por mi culpa –añadió.

Avery pensó que la memoria de Guy también era mejor de lo que había imaginado.

–Tiene un aspecto excelente.

–Prueba esto.

Él cortó una rodaja de pan, untó la pasta de frutos secos y se la llevó a la boca.

Ella cerró los ojos y masticó.

–Está muy rico… Gracias, Guy.

–De nada. Alimentarte es un placer.

–Pues aliméntame.

El pulso de Guy se aceleró; pero contuvo el deseo de abrazarla.

En cuestión de minutos, habían dado buena cuenta de todos los manjares.

–Estoy llena –dijo ella, encantada–. Estoy tan llena que no creo que pueda moverme hasta dentro de una semana.

–Pues todavía falta el postre.

–Oh, vamos. No puedo comer más.

–Creo que podrás cuando veas las cerezas.

–¿Cerezas? –preguntó ella con ojos brillantes–. Adoro las cerezas…

Guy lo sabía porque habían estado hablando de cerezas una noche, en el Baratin. Avery había comentado que le gustaban particularmente cuando se combinaban con una salsa de chocolate amargo, pero él había alegado que estaban mejor con miel.

–Si quieres, puedes tomarlas con miel. He traído un bote.

El corazón de Avery dio un respingo. Se había equivocado con Guy. Lo recordaba todo; absolutamente todo.

–Sí, me gustaría… –acertó a decir.

Guy alcanzó un frasco y lo sacó.

–Pero eso no es miel… –dijo ella, desconcertada.

–No, por supuesto que no. Lo de la miel era una broma –declaró con mirada maliciosa–. Es chocolate amargo.

–Dios mío, te has acordado.

Avery alcanzó un par de cerezas y se las llevó a la boca.

–Definitivamente, saben mejor al aire libre. Y con un poco de chocolate, son perfectas.

–Sí, estoy de acuerdo.

–Pero si todavía no las has probado…

–No necesito chocolate para saber eso.

Súbitamente, Guy se inclinó sobre ella y la besó en la boca. La besó de forma lenta y sensual, para sentir el sabor de las cerezas.

Cuando se apartó de ella, dijo:

–Lo sabía. Saben mejor.

Avery se sintió incómoda.

–¿Adónde nos lleva esto, Guy?

–Al fin del mundo.

Guy se tumbó a su lado, pero manteniendo las distancias. Ella lo miró y decidió arriesgarse.

Le pasó un brazo alrededor del cuello, lo abrazó con fuerza y dijo:
–Quiero hacer el amor, Guy.
Él no la rechazó.
Acercó la cara a sus pechos y le lamió el escote.
Avery gimió y se estremeció cuando la lengua de Guy llegó a su cuello.
–Será mejor que nos quitemos los bañadores.
–¿Y si viene alguien?
–Que venga –bromeó.
Avery rió.
–Lo digo en serio, Guy.
–No vendrá nadie. Te lo prometo.
La cautela de Avery duró poco. Sabía que bajo la sombra del sauce estaban a salvo, y por otra parte, no quería preocuparse por nada que no fuera él.
Guy era todo lo que necesitaba.
Llevó las manos a su bañador y le desató el cordón que lo cerraba.
–Está bien, si me lo prometes…
Cuando ella se quitó el biquini y lo dejó en la hierba, Guy ya estaba absolutamente excitado. Avery se puso de rodillas frente a él y lo besó.
Segundos más tarde, la tumbó, le separó las piernas y la empezó a masturbar. Estaba a punto de alcanzar el orgasmo cuando la penetró por fin y la dejó sin aliento y sin más interés en el mundo que su amor.
Arqueó la espalda y gimió de placer.
–¿Estás bien?
Ella asintió.
–Oh, sí…
Guy le dedicó una sonrisa.
–Me alegro, porque yo también lo estoy.
Avery ardía en deseos de decir que podía ser aún mejor, que la sensación sería mucho más intensa si se relajaba lo suficiente para ofrecerle su confianza y abrirle el corazón.
Pero no quiso destruir el momento. Además, sabía que Guy no buscaba una relación duradera. En ese sentido, no la había engañado; le había dicho la verdad desde el principio. Desgraciadamente, ella había cometido el error de enamorarse.
Se mordió el labio inferior, cerró los ojos y se concentró en las sensaciones.
Él se empezó a mover y ella lo olvidó todo.

Todo salvo el presente.

Tras el encuentro amoroso, disfrutaron del postre.

Pero Guy no tenía ningún interés por las cerezas con chocolate; si hubieran sido trozos de pan duro, le habría dado igual. Él sólo tenía hambre de Avery, de su piel y de sus labios.

No le podía quitar los ojos de encima.

Estaba verdaderamente preciosa. Era todo lo que un hombre podía desear.

Y sin embargo, todavía mantenía algunas distancias con ella. Las mantenía porque estaba convencido de que Avery no le podía dar lo que necesitaba.

Siempre habría otros hombres en su vida. Más tarde o más temprano, lo abandonaría como la primera vez y le partiría el corazón.

–Guy… tenemos que hablar.

–¿Ahora? No, prefiero que disfrutemos un rato del sol.

Ella se quedó en silencio, pero insistió poco después.

–Necesito decirte una cosa.

Guy se puso tenso.

–No quiero oír confesiones, Avery.

Avery se rindió; pero al ver su expresión sombría, Guy se dio cuenta de que era importante para ella y dio su brazo a torcer.

–Está bien, ¿de qué se trata?

–No, olvídalo. Tienes razón; no es el mejor momento.

–Vamos, Avery, no te hagas de rogar. Si tienes algo que decir, dilo.

–No me lo estás poniendo fácil.

Él estuvo a punto de gemir.

Ella suspiró.

–Es sobre la noche con Jeff.

–Avery…

–Escúchame un momento –lo interrumpió–. Tienes que saber lo que pasó.

–No, no es necesario que me lo cuentes. Es agua pasada. Está olvidado.

–No es agua pasada. Digas lo que digas, la sombra de esa noche pende constantemente sobre nosotros –afirmó.

–Creo que exageras.

Ella sacudió la cabeza.

–No exagero en absoluto. Te di a entender que me había acostado con tu amigo, pero no es verdad.

Guy se quedó helado.

–¿Que no es verdad? Entonces, ¿por qué dejaste que lo creyera?

Avery apartó la mirada.

–¿Es que no es obvio?

–No, no es obvio en absoluto –respondió Guy, cada vez más inquieto–. Déjate de rodeos. Cuéntamelo de una vez.

–Dejé que lo creyeras porque estaba enfadada contigo.

Él la miró con incredulidad.

–¿Enfadada? ¿Qué he hecho para merecer tu enfado?

–Dar prioridad a tu trabajo, como siempre.

–Espera un momento, Avery… ¿Sabes cuánto me preocupé aquella noche? ¿Sabes lo que sentí en el Baratin, mientras te esperaba en vano?

Durante unos instantes, Avery sintió el dolor de Guy y su furia desapareció.

–No entiendo que te preocuparas. Si Jeff te dijo que yo lo había seducido y tú lo creíste, ¿por qué te preocupaste?

–Me lo dijo dos horas después. Volví al piso para ver si estabas allí, aunque te había llamado por teléfono y no contestabas –explicó–. Pero en lugar de encontrarte, encontré a Jeff.

–No podía contestar a tus llamadas. Olvidé el móvil en tu piso.

–Pues no estaba allí.

Ella frunció el ceño.

–¿Que no estaba? Entonces, Jeff se lo guardó.

–Basta ya de mentiras, Avery. Cada vez que hablas de aquella noche, culpas a Jeff de lo sucedido.

Avery hizo caso omiso de la acusación.

–¿Qué te dijo Jeff exactamente?

–Estaba muy deprimido cuando lo vi. Se sentía culpable por haberse acostado con mi amante –contestó.

–Con una amante que, en su versión, lo sedujo.

Guy la miró a los ojos.

–Me rogó que lo perdonara.

–Tras convencerte de que yo lo había seducido y de que no era la primera vez que lo intentaba –puntualizó ella–. Te engañó, Guy.

Guy sacudió la cabeza.

–No, no lo creo. Estaba llorando. Estaba realmente deprimido. No parecía que estuviera fingiendo. Incluso dijo cosas preocupantes sobre el suicidio.

De haberlo tenido cerca, Avery habría estrangulado a Jeff . Era un manipulador que había engañado a su socio y amigo. Sin embargo, se refrenó e intentó mantener la calma. Guy parecía extrañamente cansado.

–Me dijiste que Jeff pidió un taxi para llevarme al Baratin, ¿verdad?

Él asintió.

–Cuando apareció en el piso, yo ya estaba convencida de que habías olvidado mi cumpleaños –continuó ella–. Pero después, Jeff me aseguró que tú le habías pedido que fuera a buscarme porque estabas ocupado en ese momento.

–Espera un segundo…

Avery no esperó.

–Jeff afirmó que él era una especie de aperitivo para lo que me esperaba después. Que él era la sorpresa especial que tú me habías prometido.

Guy la miró con asombro.

–¿Cómo?

En ese momento, Avery se dio cuenta de que no la creía. Estaba escrito en sus ojos. Pensaba que era una mentirosa, una buscona, una cazafortunas sin escrúpulos.

Se levantó, irritada, y declaró:

–Llévame al hotel. Me marcharé mañana mismo.

Ya estaba harta de aquella situación.

–Avery, no puedes…

–Claro que puedo. Ya no puedo seguir aquí.

Guy se puso en pie y la agarró del brazo.

–¡Escúchame, Avery!

Ella se quedó inmóvil.

–Te escucho.

–Yo no envié a Jeff para que se acostara contigo.

Avery rompió a reír sin poder evitarlo. Ya sabía que Jeff había mentido; pero por alguna razón, le pareció gracioso que Guy lo dijera en voz alta.

–¿Y quieres que te crea? ¿Por qué? Tú has decidido creer a Jeff en lugar de creerme a mí. Si es un hombre tan digno de confianza, supongo que yo debería hacer lo mismo y tomarte por un mentiroso.

–Yo no lo envié para que se acostara contigo –insistió.

–Si tú lo dices… Pero dime una cosa, ¿te enseñó el cardenal de la pierna? Porque le pegué una patada tan fuerte que seguro que le dejé un cardenal. De hecho, me extraña que no cojeara. Seguro que te diste cuenta.

–Bueno, después de aquella noche, no nos vimos hasta varios días

después. No tuve ocasión de ver si cojeaba.

–Supongo que ya no importa, Guy. Siempre has creído a tu amigo. Carece de sentido que yo lo niegue.

–¿Y qué esperabas que creyera? Te marchaste sin dar ninguna explicación. Me abandonaste y ni siquiera te tomaste la molestia de llamar por teléfono.

–Eso no es cierto. Te llamé.

–Ah, sí, claro… Pero me llamaste después de haber hecho las maletas, después de haberte marchado.

–Porque en aquel momento me pareció que…

–¿Qué te pareció? –la interrumpió.

Por fin, Avery comprendió que ella había cometido el mismo error y que era igualmente inexcusable. Había creído a Jeff. Había creído realmente que Guy lo había enviado al piso para que le hiciera el amor.

Ni siquiera había concedido a Guy el beneficio de la duda. A decir verdad, había desconfiado de él desde el principio.

–Yo…

–Adelante, Avery. Te escucho con atención.

–Creí que querías compartirme con tus amigos. Jeff estuvo tan convincente… Me lo presentó como si fuera un juego para vosotros, algo que hacíais todo el tiempo –le confesó, intentando justificarse–. Al final no tuve más remedio que quitármelo de encima y huir a toda prisa.

–¿Quitártelo de encima? Jeff nunca ha sido agresivo…

–Pues aquella noche lo fue. ¿También crees que me lo invento?

Él se pasó una mano por el pelo.

–Ya no sé qué creer. No dejo de pensar que tal vez malinterpretaste sus intenciones o que dijo algo en broma y tú lo tomaste en serio.

Ella sacudió la cabeza.

–Había estado bebiendo y no bromeaba. Tuve que pegarle una patada para poder huir.

–Si eso es verdad, ¿por qué no me llamaste de inmediato?

–Ya te he dicho que me había dejado el teléfono móvil. Sólo quería huir… Además, estaba muy enfadada contigo. En ese momento ocupabas el primer puesto en mi lista de canallas. Cuando llegué al aeropuerto y me tranquilicé un poco, te llamé.

Guy se volvió a pasar una mano por el pelo. Recordaba perfectamente la conversación; estaba tan enfadado con ella que no le dejó hablar. Le dijo un par de cosas desagradables y cortó la comunicación.

–Avery, he trabajado tres años enteros con Jeff, codo con codo; y te aseguro que nunca ha hecho daño a una mosca.

–Entonces, insistes en no creerme –dijo con frustración.

Avery lo dijo con más tristeza que enfado. Al fin de cuentas, las cosas se habían torcido porque ella había creído a Jeff y se había marchado sin decir palabra.

Pensó que, en el mejor de los casos, Guy y ella eran un par de idiotas.

–No he dicho que no te crea. Pero tienes que comprenderlo. Debía ofrecerle la oportunidad de explicar su versión.

–A mí no me la ofreciste cuando te llamé desde el aeropuerto –le recordó.

–Porque apenas…

–Porque apenas me conocías –sentenció ella–. Sí, supongo que eso es cierto. Yo sólo era la mujer que había pasado dos semanas en tu cama. ¿Qué es eso en comparación con una amistad de tres años?

Guy no dijo nada.

Avery se encontraba al borde de las lágrimas, pero sacó fuerzas de flaqueza y se contuvo. Pensándolo bien, era normal que Guy hubiera confiado en Jeff. No tenía motivos para desconfiar de una persona con la que había estado tanto tiempo.

–Guy, los amigos también pueden mentir –intentó razonar.

–Lo sé, Avery, pero él hizo una cosa que túno hiciste. Él se quedó y me esperó para darme su versión. En cambio, tú te marchaste.

Esa vez fue ella quien se quedó en silencio.

–Olvida lo que he dicho –continuó Guy–. Será mejor que nos tranquilicemos un poco. Vístete mientras llevo la cesta a la furgoneta.

Capítulo Diez

Avery se puso las braguitas, el top y los vaqueros y se cepilló un poco el pelo para desenredárselo.

No entendía que Guy estuviera enfadado con ella porque lo hubiera abandonado; siempre había supuesto que le daba igual porque, a fin de cuentas, no quería mantener una relación seria con nadie.

Por lo visto, había malinterpretado su actitud desenfadada y desinhibida. Guy se había enfadado con ella porque ella le importaba.

Metió el biquini en el bolso y se puso éste al hombro antes de doblar la toalla de baño, aunque lo hizo de forma inconsciente; no podía dejar de pensar en él.

Justo entonces, oyó detrás de ella el crujido de una rama.

–¿Guy?

Por desgracia, no era Guy. Cuando se dio la vuelta, se encontró ante la cara negra y los ojos intensos de un oso.

O más bien, de un osezno.

Avery se pegó un susto de muerte, porque sabía que su madre no andaría lejos. Soltó la toalla y empezó a retroceder, nerviosa, y miró el tronco del sauce; pero la rama más cercana estaba demasiado alta.

Segundos más tarde, apareció un segundo osezno que se puso sobre sus patas traseras y olisqueó su toalla con curiosidad evidente. Y a continuación, se oyó un rugido.

Era su madre.

Los oseznos alzaron las orejas y se giraron hacia la fuente del rugido, pero no hicieron caso. La toalla, que era de color amarillo brillante, les interesaba mucho más.

Avery supo que se le estaba acabando el tiempo. Su madre aparecería enseguida e interpretaría su presencia como una amenaza para sus pequeños.

Se apartó del árbol y siguió retrocediendo a duras penas. Tenía tanto miedo que casi no se podía mover.

Casi de inmediato, chocó contra una pared de carne y músculos.

–Tranquila –susurró Guy–. Quédate quieta.

Avery se quedó completamente inmóvil y se apoyó en él.

–¿Dónde está la madre?

–Junto al río –respondió él–. La he visto cuando volvía de la furgoneta.

–Tenemos que hacer algo. Vendrá a por sus oseznos…

En ese preciso instante, los oseznos se cansaron de jugar con la toalla y desaparecieron en la espesura del bosque.

–Ha faltado poco –dijo Avery–. Nunca me he alegrado tanto de verte.

–Te has portado muy bien. Me he llevado un buen susto al divisar a la osa en el río, porque sabía que estabas cerca. Y cuando he visto a los oseznos, me he temido lo peor.. era una situación muy peligrosa.

Ella se inclinó y recogió la toalla.

–Mira, allí está –continuó él.

Avery miró hacia el río y vio a la osa, que en ese momento estaba olisqueando a los oseznos.

–Los olisquea porque huelen a ti –explicó Guy–. Pero no te preocupes; ya ha pasado el peligro. Se irán sin molestarnos.

A pesar de su afirmación, Avery no se sintió segura hasta que entraron en la furgoneta y cerraron las puertas.

–Tal vez te parezca extraño –declaró entonces–, pero a pesar de todo, me alegro de haber vivido esta experiencia.

–¿Lo dices en serio? ¿No estabas asustada?

–Claro que lo estaba. Pero ha merecido la pena de todas formas.

Guy entrecerró los ojos y la miró en silencio.

–¿Sabes una cosa? He cambiado de opinión. Quiero subir a un globo.

Lo primero que hizo Guy cuando llegó al hotel fue encerrarse en el despacho que había sido de su padre y llamar por teléfono a Jeff Morse.

Su socio no estaba, pero Vivienne, su ayudante, prometió que le daría el mensaje y que le devolvería la llamada cuando volviera. Como Jeff seguía sin llamar una hora después, Guy volvió a marcar el número. Esa vez Vivienne respondió con un nerviosismo muy extraño en ella; afirmó que Jeff se había marchado de caza un par de días y que no lo podría llamar porque en esa zona no había cobertura.

Guy cortó la comunicación, apoyó los codos en la mesa y se miró las manos.

Después, encendió el ordenador y empezó a escribir un mensaje que envió al cabo de quince minutos.

Era un mensaje bastante largo y muy serio. Un mensaje en el que le

notificaba a Jeff su decisión de disolver su asociación en Go Green.

El picnic del río había cambiado las cosas entre ellos.

Guy no volvió a sacar el tema de conversación, pero todas las noches cenaban en el Chagall para hablar teóricamente de trabajo y, a continuación, él la acompañaba a su dormitorio y hacían el amor. Con toda la pasión de la que eran capaces.

Además, dormían juntos. Aunque ella había protestado el primer día porque tenía miedo de que su familia se diera cuenta.

–Tengo mi propia suite y está lejos de las demás –le explicó él–. Melissa prefiere la paz de Willow Lodge, Erica está viviendo en casa de Christian, Trevor se aloja en la ciudad y Blake pasa más tiempo en Aspen y en Nueva York que en Jarrod Ridge. No se puede decir que vivamos precisamente juntos. Créeme, nadie me ha va echar de menos si no me presento en el desayuno familiar. Porque no hay desayuno familiar.

Las palabras de Guy disiparon los temores de Avery. –Deberías venirte a vivir conmigo –continuó él.

–No, no quiero que me vean salir todas las mañanas del ascensor privado –dijo ella con obstinación–. La gente… los empleados… hablarían.

–Si se van de la lengua, los despediré.

Ella lo miró con asombro.

–Por Dios, Avery… era una broma.

Avery asintió, pero sin tenerlas todas consigo. Aunque fuera una broma, su comentario le había recordado que Guy Jarrod era un hombre con poder, un hombre que tomaba decisiones que afectaban a los demás.

Incluida ella.

Avery estaba tan inquieta que decidió salir de Jarrod Ridge. La mansión y sus alrededores estaban abarrotados de gente por culpa del festival.

Se subió al coche y se dirigió a Aspen. Después, se puso a caminar y terminó sin darse cuenta en la galería de arte donde exponían el cuadro de Margaret Jarrod. El dueño la saludó y ella sonrió antes de dirigirse a la sala en cuestión.

Dio por sentado que Guy se habría puesto tan sombrío porque echaba de menos a su madre, pero le extrañaba que nunca hubiera hablado de ella. Miró el cuadro como si sus trazos de pintura contuvieran la respuesta que necesitaba. Y un rato después, suspiró, se tomó un café en una cafetería cercana y volvió al hotel.

Justo antes de tomar el giro a la derecha donde empezaba el puente que cruzaba el río Roaring Fork, un deportivo rojo la intentó adelantar; pero su

conductor no vio que una furgoneta blanca se acercaba en dirección contraria.

Avery apretó los dientes y pegó un volantazo para dejarle espacio suficiente. El deportivo pasó a duras penas, pero ella acabó en la cuneta y se pegó un buen golpe cuando el airbag se activó.

Todavía estaba mareada cuando una mujer joven, de cabello oscuro, se acercó a la ventanilla del coche.

–¿Te encuentras bien?

–Sí, creo que sí…

Avery se quitó el cinturón de seguridad e intentó abrir la portezuela, pero no se abrió y le entró pánico.

–El coche está tan inclinado que tendrás que salir por la ventanilla –comentó la joven–. ¿Seguro que te puedes mover? Tal vez deberías esperar a la ambulancia…

–No, no, estoy bien.

Avery no soportaba la idea de estar atrapada, así que siguió su consejo y salió por la ventanilla.

–Cuando ese idiota nos ha adelantado, he pensado que nos mataba –dijo la desconocida–. Tienes sangre en la frente.

Avery se llevó la mano a la cabeza.

–Sólo es un corte sin importancia. Pero si vuelvo a ver al cretino del deportivo, lo estrangularé con mis propias manos.

–Acabo de llamar a la policía. Ellos se encargarán.

–No entiendo cómo ha podido hacer algo así. Si no llego a pegar ese volantazo, nos habríamos matado los tres.

–Sí, ya me he dado cuenta; pero será mejor que te sientes y descanses un momento –Avery se sentó–. No te preocupes, sólo es por la impresión. Por cierto, me llamo Nancy… ¿Quieres que llame a alguien? ¿A algún familiar o amigo?

–Sí, a Guy.

–¿A Guy?

Avery la miró.

–Guy Jarrod. Vive en Jarrod Ridge.

–De acuerdo.

Nancy asintió, sacó un teléfono y llamó a la mansión, muy conocida en Aspen. Avery seguía demasiado mareada y no entendió la conversación telefónica.

Al cabo de unos segundos, oyó un vehículo.

–Es la ambulancia.

Mientras los enfermeros la atendían, Avery se giró hacia Nancy.

–No sé cómo podré agradecértelo. Has sido muy buena conmigo.

Nancy se encogió de hombros.

–No ha sido nada. Además, yo también he podido terminar en la cuneta… lástima que no haya apuntado el número de matrícula de ese imbécil.

–Ni yo.

Las dos mujeres sonrieron.

–De todas formas, gracias por haberte quedado conmigo.

–Ah, mira, también ha llegado la grúa. Podrán sacar tu coche de la cuneta.

–Sí, pero tendré que informar a la empresa que me lo alquiló. Y no les hará ninguna gracia.

Mientras Avery hablaba, otro coche se detuvo en las cercanías. –Supongo que ese hombre es tu Guy –dijo Nancy–. Será mejor que me vaya. Avery estaba a punto de pedirle que se quedara cuando Guy corrió hacia ella.

–¡Avery!

–Guy…

–¿Te encuentras bien?

–Sí, sí, no te preocupes. Sólo es un rasguño.

–Lo de la frente no tiene importancia –intervino uno de los enfermeros–, pero tendremos que llevarla al hospital. Hay que hacerle una radiografía de la pierna.

–Pero si estoy bien…

–Yo la llevaré –dijo Guy.

Guy la ayudó a levantarse, pero Avery sintió una punzada de dolor en cuanto se puso en pie.

–¡Ay!

–Definitivamente, te vas al hospital.

–No quiero ir al hospital. Será una simple torcedura; nada que no se cure con un poco de hielo y de descanso.

Guy sacudió la cabeza.

–Estoy bien, en serio. Pero si te empeñas, llévame al ambulatorio de Jarrod Ridge.

–No. Tienen que hacerte una radiografía.

–No seas tan pesimista.

Guy no se dejó convencer. Le pasó un brazo alrededor de la cintura y la llevó hacia su furgoneta.

–Apóyate en mí. Cuanto antes te traten, antes volverás al hotel.

Cuando llegaron al hospital, una enfermera entregó a Avery varios formularios y la interrogó sobre lo sucedido. Incluso le preguntaron si estaba embarazada.

Mientras ella rellenaba los impresos, él preguntó:

–¿Tendré que esperar mucho?

–No creo –respondió con una sonrisa–. Pero tenemos una máquina de café. Si le apetece uno…

–No, gracias. Pero puede que tú quieras tomar algo –dijo, girándose hacia Avery.

–Bueno, no me importaría beber un poco de agua. He visto un quiosco de bebidas en la entrada del hospital.

–De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Guy se marchó y la enfermera sonrió a Avery.

–Bien hecho. Una excusa perfecta para mantenerlo ocupado –dijo.

Avery también sonrió.

–Sí, sólo me he torcido un tobillo, pero se comporta como si me hubiera roto la pierna.

–Algunos hombres se vuelven locos cuando están preocupados…

Guy todavía no había vuelto cuando la enfermera la hizo entrar en una de las salas. La atendió un médico de ojos marrones cuyo cabello, completamente canoso, contradecía la expresión juvenil de su cara.

–Tengo entendido que se ha hecho daño en el tobillo.

Ella asintió y le contó lo ocurrido.

–Por cierto, ¿por qué necesitaban saber si estoy embarazada? –preguntó con curiosidad.

–Porque si lo hubiera estado, tendríamos que haber tomado medidas para proteger al bebé. Es simple rutina. Lo preguntamos para asegurarnos –explicó–. Pero no está embarazada, ¿verdad?

–Creo que no. Me hice una prueba de embarazo y salió negativa.

El médico escribió unas notas en su libreta.

–Bueno, será mejor que lo comprobemos antes de hacerle la radiografía –declaró–. Pero de momento, veamos ese tobillo.

Avery se quitó los zapatos y el médico la empezó a palpar.

–¿Le duele?

Ella sacudió la cabeza.

–¿Y ahora?

Avery se estremeció.

–Sí.

Tras formularle unas cuantas preguntas, el médico dijo:

–Es probable que sólo sea una torcedura, pero conviene que le hagamos la radiografía de todas formas.

–Creo que me lo torcí al saltar por la ventanilla del coche.

El doctor asintió.

–La radiografía nos servirá para salir de dudas; pero antes, le haremos una prueba de embarazo y la reconoceré. Discúlpeme un momento… voy a llamar a la enfermera para que la lleve al cuarto de baño.

Capítulo Once

Diez minutos más tarde, el médico la miró con atención y dijo:

–Está embarazada. ¿Cuándo tuvo el periodo por última vez?

Avery se había quedado tan perpleja que le costó recordar.

–Veamos… Me tocaba el fin de semana pasado. Pero no lo entiendo; me hice la prueba de embarazo y dio negativa.

–¿Cuándo se la hizo?

Ella se intentó concentrar.

–Creo que hace un par de semanas.

–Entonces, es normal que diera negativa. Era demasiado pronto.

Ella reaccionó con sorpresa.

–¿Demasiado pronto?

–Sí. Sólo lleva tres semanas de embarazo.

–¿Tres semanas?

Al pensar en ello, Avery llegó a la conclusión de que se habría quedado embarazada durante el encuentro de la bañera.

Estaba muy confundida. Por un lado, se alegraba enormemente; por otro, le preocupaba mucho porque creía que Guy no quería tener hijos.

–Sé que es una noticia importante y difícil de asumir –continuó el médico–. En su ficha dice que trabaja en Jarrod Ridge, ¿verdad? En ese caso, le daré una tarjeta para que asistas a las reuniones de los grupos de prenatal. Y también le daré una dieta para que evite los alimentos que pueden causarle alguna molestia.

Avery se limitó a asentir.

–Ah, no se olvide de tomar mucho ácido fólico. Y felicidades… Cuando le hayan hecho la radiografía, vuelva a la consulta y hablaremos sobre su tobillo. Aunque, para empezar, le recomiendo descanso.

–¿La radiografía no hará daño al bebé?

El médico sacudió la cabeza.

–No, estará protegida con una bata especial para estos casos. Además, sólo tenemos que radiografiar el tobillo. El bebé estará bien.

Cuando Avery salió de la consulta, Guy se acercó a toda prisa.

–¿Qué te han dicho? ¿Estás bien?

–Sí, bueno… sólo es un tobillo torcido. Nada importante.

Avery no sabía cómo darle la noticia. Guy no quería tener ninguna relación estable y seguramente se llevaría un disgusto cuando supiera que se había quedado embarazada. Sobre todo, porque seguía desconfiando de ella.

Pero tenía que decir algo más. Guy la miraba con una ansiedad evidente.

–El médico me ha aconsejado que me ponga hielo, que descanse y que no cargue mucho peso sobre ese pie.

Guy frunció el ceño.

–Tu habitación tiene varios escalones en el pasillo. No te puedes quedar allí. Tendrás que venir a mi suite.

Ella sacudió la cabeza.

–No, no…

–Avery, te prometo que te protegeré; tu reputación profesional no se verá comprometida de ningún modo. Tienes que ser razonable. Si necesitas descansar, es importante que alguien cuide de ti.

–Estaré bien.

Él apretó los dientes.

–Ya veremos.

Entonces, apareció una enfermera.

–¿Señorita Lancaster?

–Sí, soy yo.

–Venga conmigo, por favor.

Guy la tomó de la mano.

–¿Adónde te llevan ahora?

Avery se soltó.

–Van a hacerme la radiografía.

Mientras se alejaba, ella giró la cabeza y miró a Guy. Estaba caminando de un lado a otro, nervioso, con la botella de agua que ella le había pedido.

–Ya era hora de que llegaras.

Gavin cruzó la pista de tenis con la raqueta en la mano. Guy lo había llamado para decirle que Avery había sufrido un accidente y que llegaría tarde al partido que jugaban todas las semanas desde el fallecimiento de su padre.

–¿Cómo está Avery? –le preguntó.

Guy se encogió de hombros. Seguía preocupado por ella. Desde el

encuentro con los oseznos en el bosque, había tenido la extraña sensación de que iba a ocurrir algo malo.

–Bien, supongo que bien. Sólo se ha torcido un tobillo.

Gavin asintió.

–Bueno, eso se cura con un poco de descanso. –Sí, ya lo sé. Guy abrió su bolsa de deporte, sacó la raqueta y añadió:

–Pero es muy obstinada. Seguro que se niega a descansar.

Su hermano lo miró con interés.

–Hablas como si la conocieras bien.

–No, es que hemos hablado un poco durante estas últimas semanas.

Gavin sonrió.

–¿Un poco? ¿Sólo un poco? Qué curioso, porque os han visto muchas veces en el bar del hotel, en el Chagall y hasta en Aspen, disfrutando de la noche.

–Trabajo, nada más que trabajo –se justificó–. Sólo nos reunimos para hablar de comida y de vinos.

Gavin arqueó una ceja.

–Lo digo en serio –insistió Guy.

Su hermano soltó un bufido irónico. Era obvio que no lo creía.

–Le he sugerido que se aloje en una de las suites de la familia hasta que se cure el tobillo, pero se niega.

–Y supongo que esa suite es la tuya, ¿verdad?

–Oh, vamos… Ha sufrido un accidente y necesita ayuda, Gavin –contestó–. No busques tres pies al gato.

Gavin le lanzó una mirada penetrante.

–Entonces, que se aloje con Erica y Christian.

Guy consideró la propuesta durante unos segundos, pero al final sacudió la cabeza.

–No, eso no es posible. Avery tendría la sensación de que molesta, y sería verdad. Erica y Christian están a punto de casarse.

–Pues que se quede con Melissa en Willow Lodge.

–Willow Lodge es el chalet más alejado de la mansión. Sería un esfuerzo excesivo para ella –alegó.

–¿Para ella o para ti? A fin de cuentas, Willow Lodge está muy lejos de tu suite –ironizó Gavin.

Guy no respondió al sarcasmo de su hermano. De hecho, acababa de pensar que quizás tuviera razón. En Willow Lodge tendría espacio y la intimidad que necesitaba.

–Pensándolo bien, no es tan mala idea. Puede que le guste.

Al cabo de unos minutos, cuando ya habían empezado a jugar, Gavin interrumpió el partido. Guy había cometido dos faltas dobles, algo muy poco habitual en él.

–Estás distraído, hermano. Juegas tan mal como si tuvieras un problema de faldas.

Guy hizo caso omiso del comentario y volvió a sacar.

–¿Cómo te va la vida, Gavin? Hace tiempo que no hablamos.

–Mal, me va mal. Hace un mes estaba en Namibia, trabajando en la presa más grande de todo el país. Pero he tenido que dejarlo todo y venir a Aspen por culpa del testamento de papá. Me estoy volviendo loco.

Gavin sacó dos botellas de agua de su bolsa y le dio una a Guy.

–Bueno, ya sé que el festival de Jarrod Ridge no entusiasma demasiado, pero seguro que puedes encontrar algún desafío.

–Sí, tendré que encontrar algo que me guste. Hasta he pensado en explorar la mina en la que jugábamos de niños. Quién sabe, tal vez encuentre un tesoro.

Guy soltó una carcajada. Gavin se refería a una de las viejas minas de plata de Aspen, que en su época habían causado toda una fiebre nacional. De hecho, el primero de los Jarrod, Eli, había sido minero.

–Bueno, ¿qué estás haciendo?

Guy tardó un momento en comprender que Gavin estaba esperando a que se pusiera en posición, porque estaba a punto de empezar su servicio.

Guardó la botella de agua en la bolsa y dijo:

–Preparado.

Durante los minutos siguientes no hicieron otra cosa que jugar. La bola iba de un lado a otro mientras él se preguntaba qué estaría haciendo Avery.

De repente, una pelota pasó a su lado a gran velocidad.

–Muy bien jugado –dijo Guy.

Guy lo dijo para distraer a Gavin con un halago. Así, con un poco de suerte, no volvería a insistir en el hecho indiscutible de que no estaba concentrado en el juego.

Pero su estrategia fracasó.

–Cualquiera diría que te has enamorado, Guy.

Guy rió.

–¿Quién? ¿Yo? No digas tonterías. Es verdad que estaba distraído, pero por tu culpa. Me preguntaba qué podrías hacer para divertirte un poco. No me gustaría que te murieras de aburrimiento.

Gavin no soltó su presa.

–Siempre he sabido que, cuando por fin te enamoraras, amarías más que nadie. Y por fin ha sucedido.

–Deja de engañarte…

–¿Quién se engaña?

Pero Guy empezaba a sospechar que Gavin tenía razón. Que, efectivamente, se encontraba al borde de un precipicio sin fondo.

Y la visión no le agradaba.

***

Guy se detuvo un momento ante la puerta de la sala del balneario. Melissa le había dicho que Avery estaba allí.

Por fin, la abrió y entró. Avery se había metido en una de las piscinas y el agua rompía contra sus senos, formando olas pequeñas. Se estaba acariciando el estómago con una expresión soñadora que no le había visto antes.

–¿En qué estás pensando?

Ella se sobresaltó.

–Hola, Guy…

–¿Cómo te encuentras?

Guy cerró la puerta y caminó hacia la piscina.

–Mucho mejor, Gracias. Joanie tiene unas manos prodigiosas y Melissa me está mimando más de la cuenta.

–Sí, Melissa siempre ha sido la enfermera de la familia –declaró con una sonrisa–. Por cierto, lo he organizado todo para que esta noche vayas a su casa.

–¡No puedo ir a su casa! No quiero molestar.

–Y no la molestarás. Está encantada con la idea de tener compañía.

Avery se metió un poco más en el agua.

–Está bien, lo pensaré.

–No hay nada que pensar. Ya está arreglado.

Súbitamente, Guy se quitó la camiseta.

–¿Se puede saber qué pretendes hacer? –preguntó ella.

–Relajar mis cansados músculos.

Guy se acercó otra vez a la puerta y echó el cerrojo. Cuando se quitó las zapatillas de tenis, Avery dejó de mirar.

Segundos más tarde, entró en el agua y se frotó contra ella.

–¡Guy!

Él la besó en el cuello. La encontraba irresistible.

–¿Qué?

–¡No deberías estar aquí!

–¿Por qué no?

–Porque trabajamos juntos. No quiero que la gente sepa que también nos acostamos.

–No voy a hacer el amor contigo. Sólo quiero comprobar que estás bien –dijo con inocencia.

–Pues estoy bien. Estoy perfectamente. O lo estaba antes de que empezaras a besarme de esa forma en el cuello…

Él rió con suavidad.

–Si quieres que te bese en otra parte, lo haré. Estoy a tu servicio.

Guy le pasó los brazos alrededor del cuerpo y apretó con fuerza.

–Menos mal que estás bien. Me asusté mucho cuando me dijeron que habías sufrido un accidente –le confesó.

Avery echó la cabeza hacia atrás.

–Soy más resistente de lo que parezco.

–Sí, mi madre también se creía muy fuerte.

Guy ni siquiera supo por qué le había hecho esa confesión; pero lejos de callar, siguió adelante.

–Nos prometió a Blake y a mí que no dejaría que el cáncer la derrotara.

Avery se giró y lo miró a los ojos.

–Seguro que lo dijo con intención de cumplir la promesa, Guy. Ninguna mujer con cinco hijos pequeños querría dejarlos solos.

–Pero yo fui tan tonto que me lo creí. Sólo tenía seis años y creí que se pondría mejor. ¿Sabes que se negó a que le dieran quimioterapia? Eligió morir y abandonarnos. ¿Cómo quieres que un niño de seis años entienda eso?

Avery le dio un beso en los labios.

–Lo siento mucho, Guy.

Guy la miró a los ojos, inclinó la cabeza y convirtió su beso inocente en un beso apasionado; pero ella tardó poco en romper el hechizo.

–Tengo algo que decirte –declaró.

Él no quería hablar. Sólo quería sentir su cuerpo, inmensamente dulce y femenino, único. Además, temía que Avery quisiera hablar de Jeff.

–Está bien, ¿de qué se trata?

Ella respiró hondo y respondió en voz tan baja que Guy no entendido nada.

–¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Avery lo repitió.

–Que estoy embarazada.

–¿Qué? ¿Embarazada? ¿Y por qué no me lo habías dicho? –acertó a preguntar–. ¿Lo has sabido todo el tiempo?

Ella parpadeó.

–¿Que quieres decir con todo el tiempo?

–Desde que llegaste a Jarrod Ridge.

–¿Me estás preguntando si vine a Jarrod Ridge porque sabía que estaba embarazada?

–Sí –respondió con sinceridad.

Avery sacudió la cabeza lentamente.

–Lo he sabido hoy, en el hospital.

–¿Es que tenías síntomas?

–No exactamente. Hace un par de semanas me hice la prueba de embarazo para estar segura y dio negativa. Sin embargo, el médico del hospital ha preferido salir de dudas antes de hacerme la radiografía del tobillo –contestó–. Me he quedado embarazada, Guy. Parece que no salió en la prueba anterior porque era demasiado pronto.

Guy la miró con desconcierto.

–Pero ahora es seguro, ¿verdad? No puede ser un error…

–No, no es un error. Sé que es lo último que deseabas y entiendo que te quieras desentender del bebé, pero lo voy a tener de todas formas.

Guy no sabía qué decir. La noticia lo había pillado por sorpresa.

Le puso una mano en el muslo y declaró:

–Razón de más para que te vengas a vivir conmigo. Ahora llevas un hijo mío en tu vientre. No es algo que se pueda ocultar con facilidad. Tarde o temprano, la gente se dará cuenta.

–¿Me estás pidiendo que vivamos juntos?

–Sí. Te estoy pidiendo que vivamos juntos y que veamos lo que pasa.

–Guy, un bebé es algo mucho más serio que vivir con alguien; implica responsabilidades tan graves como la paternidad. No quiero que destroces tu vida porque te sientas obligado conmigo.

Guy suspiró, frustrado.

–Maldita sea… esto es muy difícil para mí, Avery. Nunca he querido una familia.

–Lo sé, y por eso te absuelvo de cualquier responsabilidad. Por favor, quiero que sepas que no me he quedado embarazada para echarte el lazo.

–Lo sé.

Esa vez fue ella quien se sorprendió. No esperaba un voto de confianza.

–Lo sé –continuó–, pero ya no se trata de lo que tú y yo queramos. Supongo que tú te sientes tan atrapada como yo. Tener un bebé no es precisamente conveniente en tu trabajo. Sé que tu profesión es lo más importante para ti.

–Te equivocas. Siempre he querido tener hijos.

Guy se quedó helado. Hasta ese momento, no había dudado de la sinceridad de Avery. Pero su confesión cambiaba las cosas.

–Me dijiste que tomabas la píldora, ¿verdad?

–Sí, te lo dije.

–¿La dejaste de tomar a propósito?

–No, ni mucho menos –afirmó–. La dejé de tomar cuando volví a California porque no tenía intención de acostarme con nadie. Y antes de que lo preguntes, no vine a Jarrod Ridge en busca de una aventura.

–Yo no he dicho que…

Avery lo interrumpió.

–Me voy a California dentro de cuatro días, Guy. Sería absurdo que me fuera a vivir contigo; sólo serviría para que la gente supiera que soy tu amante y que me he quedado embarazada.

–Deja de insultarnos a los dos. No serías mi amante.

–¿Ah, no?

–Por supuesto que no. Estoy hablando de algo más serio. Además, mi familia me crucificaría si pretendiera otra cosa… Mi padre nos enseñó a mis hermanos y a mí a ser hombres de honor.

–Pues tenía un concepto algo hipócrita del honor. Si era tan conservador con las relaciones personales, ¿cómo se explica lo de Erica? Es evidente que tenía una amante. Traicionó a tu madre con otra mujer.

–No traicionó a mi madre. Por entonces mi madre ya había fallecido –le informó–. Pero es verdad que su concepto del honor era dudoso. Al fin y al cabo, sedujo a la esposa de otro hombre.

–Puede que se sintiera solo –dijo Avery.

Él sacudió la cabeza.

–¿Solo? ¿Por qué? Tenía una familia y tenía Jarrod Ridge, el imperio que siempre había deseado.

Avery salió de la piscina, alcanzó una toalla y se empezó a secar.

–En fin, creo que es mejor que pase estos días en casa de Melissa, como habías sugerido. No quiero que nadie sepa lo de mi bebé.

A Guy le dolió que se refiriera al niño en esos términos, como si sólo

fuera suyo. Pero no dijo nada; era una situación difícil para los dos y sabía que necesitaban tiempo para asumirla.

Por fin, suspiró y dijo:

–Si prefieres quedarte con Melissa, te llevaré a Willow Lodge.

Capítulo Doce

Willow Lodge era la tranquilidad personificada.

La casa estaba lejos de la mansión, en un lugar a resguardo de los vientos. Las paredes y los suelos eran de madera y las ventanas daban al bosque de sauces del que procedía el nombre del lugar en inglés.

Todo olía a espliego y a cera de abejas.

Avery se enamoró de la casa a primera vista. Y Melissa hizo lo posible para que se sintiera cómoda.

–Quiero que te sientas como si estuvieras en tu casa –le dijo la hermana de Guy.

Avery le tomó la palabra. Después de dormir a pierna suelta y de tomar un desayuno maravilloso a la mañana siguiente, se sentó en el salón, puso el pie en alto y se dedicó a disfrutar de las vistas.

Melissa ya se había marchado a trabajar cuando Guy entró por la puerta trasera.

–¿Qué tal va el tobillo?

–Mucho mejor.

Guy se acercó y le echó un vistazo.

–Ya no lo tienes hinchado.

–Claro que no. Me pongo hielo todo el tiempo, aunque detesto el frío.

–Pues tendrás que acostumbrarte.

Ella arrugó la nariz.

–No dirías eso si tuvieras que ponerte una bolsa con cubitos en la pierna.

–No, supongo que no.

Guy se sentó a su lado y le puso una mano en el tobillo.

Avery se estremeció al sentir su contacto. Guy ascendió hasta la rodilla, le acarició el muslo y detuvo los dedos bajo el dobladillo de su vestido.

Ella ni siquiera se atrevió a protestar. Si lo hubiera hecho, sólo habría emitido un gemido de placer. Y él se habría dado cuenta de lo mucho que le gustaba.

Respiró hondo y se preguntó cómo era posible que un hombre tuviera

tanto poder sobre ella.

Pero no era un hombre cualquiera. Era Guy; el único hombre que le importaba. Y tenía miedo de quererlo demasiado.

Al lunes siguiente, volvería a El Dorado con su familia. Indudablemente, Guy querría hacer lo correcto y se mostraría dispuesto a apoyarla en todo; incluso era posible que acudiera a Christian, el abogado de los Jarrod, para firmar algún tipo de acuerdo confidencial. Pero Avery no se hacía ilusiones sobre su grado de compromiso. Él no quería tener hijos. Quería su libertad.

Justo entonces, Guy apartó la mano.

–Será mejor que me vaya a trabajar. Mañana tenemos la gala de caridad y tengo mucho que hacer.

Guy se levantó, la miró a los ojos y le dio un beso en los labios.

–Volveré más tarde. Cuídate, por favor.

Cuando se marchó, Avery cayó en la cuenta de que Guy no había mencionado ni una sola vez al niño que esperaban.

Erica apareció al cabo de un rato con un montón de revistas, y Avery descubrió que las dos adoraban las recetas de cocina y hasta cocinar.

–Christian tiene una reunión esta noche –dijo Erica–. ¿Qué te parece si vuelvo más tarde y preparamos tarta de manzana?

Avery se mostró encantada. Guy había dicho que volvería en algún momento, pero prefería estar con más gente. Sería más fácil para los dos; así no tendrían que hablar del bebé.

Cuando Erica se marchó, llegaron Gavin y Trevor. Era evidente que los Jarrod estaban empeñados en facilitarle las cosas. Y cuando Gavin y Trevor se fueron, llegó Guy con comida del Chagall.

Avery no había imaginado que se presentaría con la cena, pero a Melissa le pareció bien cuando volvió del trabajo.

–Siento haber ocupado tu casa –se disculpó Avery.

Melissa sonrió.

–No lo sientas. Me gusta tener compañía.

–Pero si siempre dices que prefieres la soledad… –intervino Guy–. Si no es cierto, ¿por qué no te vas a vivir a la mansión? Hay dos suites vacías.

–No, nada de eso. La compañía de Avery no me molesta, pero la vuestra es diferente. Tener tantos hermanos puede ser difícil para una chica. Me alegré muchísimo cuando Christian nos dijo que teníamos una hermanastra.

Guy la miró con humor.

–Por si no te has dado cuenta, Avery, pretendía decir que puedes quedarte conmigo todo el tiempo que quieras –continuó Melissa–. Pero mis hermanos, no.

–Oh, vamos… –protestó Guy.

Avery rió.

–Te comprendo perfectamente, Melissa. Yo tenía dos años cuando mis padres murieron y me marché a vivir con mis tíos, que tenían cuatro hijos varones. Habría dado cualquier cosa por tener una hermanastra.

–Eh, no vale, sois dos contra uno –dijo Guy.

–Pues espera a que llegue Erica. Seremos tres contra uno –dijo Melissa, satisfecha.

Guy sonrió con malicia.

–En tal caso, pediré refuerzos.

–¡No! –gritaron Melissa y Avery al unísono.

En ese momento se oyó la voz de Erica. Por fin había llegado.

–Parece que os estáis divirtiendo –dijo desde la entrada.

–Hola, Erica. Avery me había dicho que ibas a preparar una tarta… ¿Por qué no cenas con nosotros? Hay comida de sobra.

–Acepto la invitación.

Avery miró a los Jarrod y deseó poder formar parte de aquella familia. Le gustaban mucho, pero sabía que no era posible. La vida podía ser muy complicada. Y los sueños se cumplían pocas veces.

Guy esperaba quedarse a solas con Avery, pero pensó que era mejor que tuvieran compañía; ella necesitaba recuperarse del accidente y él necesitaba más tiempo para asumir la idea de ser padre.

Cuando terminaron de cenar, acompañó a las mujeres a la cocina y las observó mientras preparaban la tarta. Poco después, Melissa se llevó una mano a la espalda y Avery insistió en que descansara, así que se acomodó junto a Guy.

–¿Te duele la espalda?

–Sí, no sé qué he hecho, pero me duele.

–Es curioso, me has recordado mucho a mamá…

–¿A mamá? ¿Por qué?

–Porque ella también se frotaba así cuando le dolía.

–¿Cuántos años tenías cuando murió? –preguntó Erica de repente.

–Seis.

Erica empezó a echar canela a las rodajas de manzana que habían cortado.

–He oído hablar mucho de tu padre, pero sé muy poco de tu madre.

Melissa y Guy se lanzaron una mirada tan obvia que Erica añadió:

–No pretendo meterme donde no me llaman. Es que siento curiosidad; y como ahora soy parte de la familia…

Melissa suspiró.

–Papá cambió tras su muerte –le explicó–. Le dolió tanto que dejó de hablar de ella.

–Qué triste –dijo Avery–. Yo tuve suerte en comparación. Mi tío siempre me hablaba de mis padres. De vez en cuando, sacaban su álbum de fotografías y me las enseñaban. Fueron una presencia constante en mi infancia.

–Guy solía mirar los cuadros de mamá…

Melissa se levantó del asiento para echarles una mano. Avery puso la masa en un molde, Erica añadió las rodajas de manzana y la hermana de Guy metió la tarta en el horno y lo encendió.

–Decía que los colores de sus cuadros le recordaban su olor –continuó Melissa–. Pero papá vendió todos sus cuadros para que no se la recordaran… Desde entonces, hemos recuperado unos cuantos.

–Papá también tiró la cámara que mamá y él me regalaron cuando cumplí seis años –dijo Guy.

–¿En serio? No lo sabía –declaró Melissa, horrorizada.

–Yo tenía la manía de decir que quería ser fotógrafo de mayor para imitar a mamá, que pintaba cuadros. Supongo que le resultaba doloroso y que decidió cortar por lo sano. Pero no importa; cuando me hice mayor, me compré mi propia cámara.

–Sí, me acuerdo de eso. Es verdad, querías ser fotógrafo.

Guy se encogió de hombros.

–Pero papá quería que estudiara Empresariales como Blake. Al final llegamos a un acuerdo: estudiaría Empresariales si permitía que, después, estudiara cocina.

–¿Cómo pudo imponerte eso? –preguntó Erica.

–Pudo porque era Don Jarrod. Imponía su voluntad a todos los demás.

Las tres mujeres quedaron en silencio.

Guy sonrió.

–Bueno, no es para tanto; ha pasado mucho tiempo desde entonces y ahora hago lo que me gusta. Algo creativo, satisfactorio y rentable.

–Pero no has olvidado a tu padre –dijo Erica.

–Por supuesto que no. Aunque, durante un tiempo, la odié por habernos

dejado solos –les confesó–. Destrozó la vida de mi padre y lo convirtió en un hombre distinto, en un hombre que no me gustaba.

–¿Qué quieres decir con eso? –preguntó Avery.

Guy se encogió de hombros otra vez.

–Que nunca estaba contento con nada.

–Digamos que tenía expectativas muy altas sobre nosotros –intervino Melissa–. Estaba empeñado en que siguiéramos en Jarrod Ridge.

–Pero permitió que te marcharas a Francia…

–No lo permitió. Intentó detenerme y yo me marché de todas formas.

–Guy no fue el único que se marchó. Blake se fue a Nueva York y yo huí a Los Ángeles, donde abrí una sauna que estuvo muy de moda –dijo Melissa–. Y cuando Gavin terminó los estudios, se fue a viajar por todo el mundo. Trevor fue el único que se quedó en Aspen, pero bien lejos de Jarrod Ridge.

–Así que el imperio de Don corría el peligro de derrumbarse –se sumó Erica–. Por eso redactó ese testamento. Os obligaba a volver y a haceros cargo del negocio.

–Bueno, no todo ha sido tan malo. Gracias a eso, llegaste a la familia –le recordó Melissa–. Y recibiste tu parte de la herencia.

Erica la miró con ironía.

–Oh, sí, la recibí. Pero al principio no os gustó mucho.

–A mí no me mires. Yo estaba encantada de tener una hermana.

–De todos modos, nuestras diferencias son agua pasada –afirmó Guy–. Hemos descubierto que tener otra mujer en la familia no está tan mal.

–Me alegra saberlo –declaró Erica con humor.

Justo entonces, sonó la alarma del horno.

–Creo que hay que sacar la tarta –dijo Guy–. Y por cierto, ¿quién me va a cortar la primera porción?

Avery llegó temprano a la sala de baile. Se había puesto su vestido de noche más elegante, un vestido de satén de Versace que sus tíos le habían regalado cuando cumplió los veinticinco. Se había puesto un maquillaje acorde a la ocasión y casi no cojeaba.

Como Guy no estaba entre los invitados, supuso que habría ido a la cocina para encargarse de los últimos detalles. Siempre había sido un perfeccionista. Pero Avery sabía que todo iba a salir bien; habían elegido los vinos en colaboración con Louis y estaba muy satisfecha del resultado final. Sabía que su tío Art se habría sentido orgulloso de su trabajo en Jarrod Ridge.

Desgraciadamente, su estancia en Aspen también había sido origen de complicaciones inesperadas. Se había enamorado de Guy y estaba esperando un hijo suyo.

Al ver a Erica, se acercó a ella y comentó:

–Las flores son preciosas.

–Sí, ¿verdad?

Erica le presentó a la mujer que la acompañaba; casualmente, era la florista local a quien le había encargado los arreglos florales.

–Abrí la tienda hace tres meses –explicó la mujer–. Esto va a ser magnífico para mi negocio.

En ese momento, apareció Guy.

–Estoy seguro de ello, porque Avery tiene razón. Has hecho un gran trabajo. Erica ya me había comentado que tienes talento para estas cosas.

–Y de paso, apoyamos a los negocios locales –observó su hermanastra.

–En efecto.

Guy y Erica se miraron con complicidad. Avery se dio cuenta y, una vez más, lamentó no formar parte de su familia.

Gavin y Trevor se les unieron entonces. Los dos estaban morenos y los dos tenían cuerpos de atleta, aunque en eso no se distinguían mucho de Blake y de Guy. Avery pensó que los cuatro hermanos estaban magníficos. Aunque sólo uno de ellos le había robado el corazón.

–Gavin y Trevor deberían ser gemelos. Se parecen mucho –comentó.

Erica asintió.

–Es curioso que lo digas, porque yo pensé lo mismo cuando llegué a Aspen.

–Bueno, dejad los cotilleos para otro momento –intervino Guy–. Ven, Avery; vamos a sentarnos a nuestra mesa.

Los Jarrod se repartieron por toda la sala para ejercer de anfitriones con los invitados. Avery no había tenido ocasión de comprobar la colocación de la gente, pero sentarse con Guy le pareció normal; a fin de cuentas, habían trabajado juntos.

Ya se habían acomodado cuando dos mujeres se sentaron con ellos. Al ver a la más joven, Avery se llevó la sorpresa de la noche.

–¡Nancy!

–Hola, Avery…

–Guy, te presento a la mujer que me salvó el día del accidente. Es quien te llamó por teléfono.

La mujer que acompañaba a Nancy, y que resultó ser su madre,

intervino en la conversación.

–Todos los años asistimos a la gala benéfica de Jarrod Ridge, aunque Nancy sólo ha venido un par de veces –dijo.

–Estaba trabajando en Boston, pero echaba de menos Aspen y he vuelto –explicó Nancy.

–Yo tampoco llevo mucho tiempo aquí –dijo Guy–. Estuve lejos una buena temporada.

Guy dejó de hablar porque uno de los camareros se acercó para tomarles nota. Avery pidió una ensalada de espinacas y Guy, champiñones. Los vinos que habían elegido iban tan bien con la comida que Guy la tomó de la mano y se la besó.

–Formamos un gran equipo –dijo.

–Me alegra que tengas confianza en mí.

–Confío en ti plenamente.

Ella ladeó la cabeza y sonrió con humor.

–Puede que ahora confíes en mí, pero al principio…

Avery no terminó la frase. Acababa de ver a la última persona que esperaba encontrar en la gala.

–¿Qué está haciendo aquí? –susurró.

Guy alzó la cabeza, miró al recién llegado y maldijo en voz baja.

Capítulo Trece

–¿Qué diablos estás haciendo aquí, Jeff? –bramó Guy.

Jeff se metió las manos en los bolsillos y se inclinó sobre la mesa.

–¿Has olvidado que me pediste que viniera?

–Te dije que nos reuniríamos el lunes por la tarde, no hoy.

Guy puso una mano en el brazo de Avery. Estaba temblando.

–No deberías haber venido, Jeff –continuó–. Si hubieras cumplido lo acordado, habría escuchado tu versión de la historia el lunes.

Jeff lo miró con cara de pocos amigos y Guy respondió del mismo modo.

Avery se levantó de repente.

–Disculpadme, pero tengo que ir al cuarto de baño.

Cuando Avery ya se había marchado, Guy se levantó y le dijo a Jeff:

–Está bien, hablaremos ahora. Sígueme.

Guy lo llevó al vestíbulo, donde estaban los cuartos de baño. Avery no había entrado todavía, de modo que pasó un brazo por encima de los hombros de Jeff y lo obligó a caminar hacia ella.

–En primer lugar, quiero que te disculpes con Avery –dijo Guy.

Avery se quedó atónita.

–No tengo absolutamente nada de lo que disculparme. Recibió lo que estaba pidiendo a gritos.

Avery quiso protestar, pero Guy se le adelantó. Dio un paso adelante y se detuvo a pocos milímetros de la cara de su socio.

–Ah, ¿sí? Entonces, ¿por qué desapareciste de la faz de la Tierra cuando te llamé por teléfono para confrontar tu versión de los hechos con la versión de Avery? Si no te hubiera escrito para romper nuestra asociación en Go Green, no le habrías dicho a Vivienne que me llamara para citarme el lunes.

–Avery te mintió –afirmó Jeff.

–¿Cómo puedes saberlo? Aún no sabes lo que me dijo.

Jeff se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente.

–¿Vas a permitir que esa bruja destruya nuestra amistad?

–Ten cuidado con lo que dices –le advirtió–. Además, Avery no ha destruido nuestra amistad. Eso ha sido cosa tuya.

–Oh, vamos, no querrás romper nuestra asociación… Seguro que no estás hablando en serio.

Avery intentó intervenir.

–Guy, no es necesario que…

–No la necesitas –la interrumpió Jeff–. Me parece increíble que te dejes dominar por una simple…

–Cierra la boca, Jeff –rugió Guy–. Y discúlpate.

Jeff los miró a los dos y hundió los hombros.

–Está bien. Lo siento.

–¿Te ha confesado que mintió? –preguntó Avery, desconcertada.

–No ha sido necesario. Supe que Jeff había mentido cuando me contaste tu versión de los hechos –dijo Guy–. Pero quiero que sepas que yo no lo envié al piso para que fuera tu regalo de cumpleaños; tenía algo muy distinto en mente.

–Lo siento de verdad –insistió Jeff–. Aquel día había bebido… y hago estupideces cuando bebo.

–¿Por qué me mentiste, Jeff?

–Porque tenía que hacer algo. Sabía que Avery hablaría contigo y que tú romperías nuestra asociación en Go Green. Yo no quería que las cosas terminaran así.

–¿Ah, no? ¿Eso es lo mejor que se te ocurre? –preguntó Guy, incrédulo.

–Por favor, Guy, concédeme otra oportunidad. No rompas nuestra asociación. Te prometo que volveré a ir al psicólogo; lo dejé hace años, pero fue un error.

–Sí, ve al psicólogo –dijo Avery–. Lo necesitas.

–Olvídalo, Jeff, no pienso seguir con Go Green.

–Pero no es necesario que rompas la asociación… haré lo que quieras. Venderé mi parte de las acciones.

–Ya hablaremos de eso el lunes por la tarde. Ahora tengo que tratar ciertos asuntos con Avery.

–Sí, creo que es mejor que me vaya. De todas formas, he perdido el apetito –dijo Jeff–. Reservaré una habitación en alguno de los hoteles de la ciudad.

–Está bien, pero no te acerques a los bares.

De repente, Jeff sacó un sobre y se lo tendió.

–Es una contribución para la gala benéfica.

Guy asintió. Se sentía decepcionado con Jeff, pero él mismo había pasado por malos momentos y decidió ser generoso.

–Gracias. Nos veremos el lunes y hablaremos de Go Green.

Jeff le estrechó la mano y dijo:

–Si no me invitas a vuestra boda, lo comprenderé.

–No nos vamos a casar, así que no te perderás nada –intervino ella.

Avery se dio la vuelta y se marchó.

Guy se sintió terriblemente impotente, sin saber qué hacer. Había considerado la posibilidad de casarse con ella, pero acababa de rechazarlo sin darle la oportunidad de planteárselo.

Avery volvió a la mesa y se puso a charlar con Nancy, aunque sus pensamientos estaban en otra parte. Le parecía increíble que Guy se hubiera mostrado tan amable con Jeff. Incluso le había estrechado la mano.

Poco después, Guy apareció y se sentó a su lado.

–Avery, tenemos que hablar.

Lamentablemente para él, Erica se presentó en ese momento.

–Disculpad que os interrumpa, pero tienes que subir al estrado, Guy. La subasta está a punto de empezar. Por si lo habías olvidado, ofreciste una cena para dos al que ofreciera más dinero.

–Ahora no puedo, Erica. Concédeme un minuto.

–Me temo que es imposible. Te están esperando.

Guy se pasó una mano por el pelo.

–Está bien, ya voy.

A continuación, se giró hacia Avery y añadió:

–No te atrevas a desaparecer otra vez. ¿Entendido?

Avery asintió, aunque seguía furiosa con él. Guy se marchó con Erica y subió al estrado; segundos más tarde, empezó la subasta.

Lo primero que subastaron fue una caja de vino francés que alcanzó un precio desorbitante. Lo segundo, un fin de semana en el hotel de Jarrod Ridge con viaje en globo incluido. Y el tercero, la cena de Guy.

Avery se enfadó un poco más al pensar en ello. Guy le había prometido en Nueva York que le prepararía una cena y todavía no había cumplido su palabra. En cambio, un par de desconocidos estaban a punto de disfrutar de su talento culinario.

Alcanzó el bolso, se despidió de Nancy y de su madre y se marchó.

Ya no podía soportar más la idea de seguir allí.

El bar del hotel estaba vacío. Avery se sentó a una mesa del fondo, junto a una de las ventanas, y pidió un chocolate caliente. No dejaba de

pensar en el asunto de la subasta; le parecía una prueba de que Guy no sentía nada por ella ni estaba dispuesto hacer ningún sacrificio en su favor.

Pero entonces se acordó de lo preocupado que estaba en el hospital. No se había comportado como un hombre insensible, sino todo lo contrario. Y desde entonces, la trataba con cariño y con respeto.

De repente, se le ocurrió una posibilidad que no había considerado hasta ese momento. Guy podía ser uno de esos hombres que no sabían hablar de sus sentimientos; uno de esos hombres que no sabían hablar de amor.

Y tuvo una revelación aún más importante. Pensándolo bien, se había mostrado exageradamente preocupado con su accidente, aunque apenas se había torcido un tobillo. No se le había ocurrido que la madre de Guy habría fallecido en ese mismo hospital; ni que ni siquiera habría tenido la ocasión de despedirse de ella.

Súbitamente, su comportamiento empezaba a tener sentido. Por eso se había enfadado tanto cuando lo abandonó en Nueva York; porque no podía soportar la pérdida de un ser querido.

Y ahora, lo volvía a abandonar.

Ya se levantaba de la mesa para ir en su búsqueda cuando vio que Guy acababa de entrar en el bar del hotel.

Guy tenía intención de sacarla a rastras del bar y llevarla a la suite para hablar con ella, pero no fue necesario. Cuando le dijo que lo siguiera, ella asintió y lo siguió sin protestar.

–Siento haberte marchado –dijo–. Me pediste que te esperara y me he ido.

Guy la miró con asombro, pero reaccionó enseguida.

–Eso ya no importa.

La tomó en brazos y cargó con ella sin prestar atención a las miradas de curiosidad de los clientes del bar. Después, caminaron en silencio hasta que entraron en el ascensor privado.

–Tenemos que hablar.

–Sí.

–Y no te vas a ir.

Ella sacudió la cabeza.

–No, claro que no, Guy.

–Excelente.

Al entrar en la suite, él cerró la puerta, dejó a Avery en el suelo y la abrazó.

–¿Nos vamos a quedar así toda la noche? –preguntó ella, entrecerrando los ojos–. Lo digo porque se me ocurren posiciones más cómodas.

–Sólo me estoy asegurando de que no huyes. Te vas a quedar conmigo toda la noche.

–No te preocupes por eso; no pienso ir a ningún sitio.

Él la soltó y ella se dirigió al sofá y se sentó.

–Pero tengo una condición –añadió.

–Te escucho.

–Que me prometas que confiarás en mí mientras estemos juntos.

–Ya confío en ti. Y aunque odie admitirlo, tenías razón cuando me acusaste de estar celoso. Lo estaba. Pero sólo porque tú eres la única mujer que me importa; sólo porque tenía miedo de perderte.

Guy se arrodilló ante ella y la tomó de la mano.

–Pero no reaccionaste mal cuando te gasté aquella broma y te dije que era Louis quien debía acompañarme al picnic…

–Claro que no. Sabía que me estabas tomando el pelo y ya me había dado cuenta de que había sido un idiota contigo. Estaba asustado, Avery…

–Pues no tienes motivos. Tú eres el único hombre que me importa, y no me voy a ir.

–Por supuesto que no; al menos, sin mí.

–Entonces, me quedaré.

–Para siempre. Porque quiero que…

Avery le puso un dedo en los labios para acallarlo.

–Guy, no necesitas hacer promesas de futuro. Iremos poco a poco, día a día.

–Pero quiero estar contigo toda la vida… Mañana iremos de compras y buscaremos un buen anillo.

Avery rompió a reír.

–¡Oh, Guy! ¡No puedes decirme eso! Se supone que primero tienes que proponerme el matrimonio –objetó.

Él sacudió la cabeza.

–No, nada de eso. No me quiero arriesgar a que me rechaces.

–Descuida, no te voy a rechazar.

Él respiró hondo.

–Avery, confío en ti con toda mi alma. Siento haber sido tan tonto, pero no volveré a cometer ese error. Cásate conmigo.

–¿Por qué?

–¿Por qué? –repitió él.

–Sí, por qué. Yo conozco mis motivos. Quiero casarme contigo porque estoy enamorada de ti.

–¿Lo prometes?

–Lo prometo.

–Me alegro, porque yo también estoy enamorado de ti.

Guy soltó una carcajada y añadió:

–Vaya, no ha sido tan difícil como creía.

Ella arrugó la nariz y sonrió.

–Y será más fácil a partir de ahora.

Guy le pasó un brazo alrededor del cuello y la miró a los ojos.

–Te amo, Avery Lancaster. He luchado mucho contra ese amor, con todas mis fuerzas y he hecho cosas realmente estúpidas, pero quiero que seas mi esposa y quiero tener un hijo contigo.

Ella le dedicó una sonrisa cegadora.

–A veces, los sueños se hacen realidad –murmuró–. Pero ven conmigo; creo que ya es hora de que nos acostemos.

Aún no había amanecido cuando Avery puso una mano al estómago del hombre que dormía a su lado y lo sacudió.

–Despierta.

Guy gimió y abrió un ojo.

–Si todavía es de noche…

–Vamos, tenemos que hacer una cosa.

–¿A estas horas? ¿De qué se trata?

–Ya lo verás.

Quince minutos después, cuando ya habían salido de la suite, Guy repitió la pregunta.

–¿Qué vamos a hacer?

–Subir en globo.

–Oh, no…

–Guy, no me digas que ahora te quieres echar atrás. Dijiste que debía probar cosas nuevas.

–Pues he cambiado de opinión.

Avery lo miró a los ojos.

–¿Qué ocurre, Guy?

–Que no quiero perderte.

–Pero si no me vas a perder…

–Ya te perdí una vez cuando te marchaste de Nueva York. Y estuve a punto de perderte definitivamente el otro día, con el accidente de tráfico.

–¿Y qué piensas hacer? ¿Tenerme entre algodones hasta el fin de mis días?

–Es una posibilidad.

–Pues lo siento, pero ya es demasiado tarde. Lo he organizado todo y nos están esperando –le informó.

–¿Por qué diablos se me ocurriría la idea del globo? Menuda locura.

–Sí, tal vez fuera una locura, pero me aseguraste que viajar en globo es mucho más seguro que conducir. Y dijiste que podría ver los osos.

Guy gimió.

Media hora después, se disponían a iniciar el ascenso. El quemador rugía y la gran superficie amarilla del globo estaba totalmente hinchada.

Acababa de amanecer cuando Guy preguntó, haciendo un último intento por disuadirla:

–¿Y si te preparo una comida a cambio? Cuando tú quieras. Cuando te parezca mejor.

–Olvídalo. No quería subir en globo, pero ahora que lo he decidido, lo estoy deseando.

Guy decidió dar su brazo a torcer.

–Anda, acércate a mí –continuó ella–. Quiero que sientas lo mismo que yo.

Mientras el globo ascendía, Guy se puso detrás y le pasó los brazos alrededor del cuerpo, cruzando las manos sobre su estómago. En poco tiempo, se encontraron flotando sobre un bosque de sauces.

–No me lo puedo creer… esto es fantástico –dijo ella, entusiasmada–. Y tan silencioso…

Guy le dio un beso en la nariz.

–Ya te lo había dicho; pero me alegra que te guste.

–Bueno, decidí que si tú eras capaz de superar tus miedos para declararme tu amor, yo debía ser capaz de superar mi vértigo y subirme a un globo.

La declaración de Avery lo emocionó.

–Avery, yo…

–No digas que no era necesario –lo interrumpió–. Y deja de preocuparte, por favor. No lo he hecho porque me sintiera presionada por ti. En realidad, me siento más libre que nunca.

–Para mí también ha sido muy liberador –le confesó–. Ya no tengo miedo de decirte que te amo. Pero antes de que lo olvide, esta noche tengo una cita.

Avery arqueó una ceja.

–Espero que sea conmigo…

–No, con el ganador de la subasta.

–Oh, vaya… Bueno, entonces nos veremos después.

–¿No quieres saber quién ganó la subasta?

–¿Quién?

–Yo mismo.

Avery lo miró con sorpresa.

–¿Tú? ¿Pagaste por preparar tú mismo una cena?

–Naturalmente. Aún te debo la cena de tu cumpleaños.

–¿Y eso es lo que vamos a hacer?

Guy asintió.

–Te había preparado una cena en el Baratin, pero la de esta noche será mejor. Cuando aterricemos, te voy a comprar un anillo de compromiso. Y cuando lleguemos a la suite, te lo pondré en el dedo.

–Tendrás que informar a tu familia…

Guy sonrió.

–Estarán encantados, ya lo verás. Y mañana, volaremos a California y le daremos la noticia a tus familiares antes de ir a casa.

–¿A casa?

–Sí, hay una parcela cerca de Willow Lodge con vistas al río. Me gustaría que le eches un vistazo. Si te gusta, construiremos nuestro hogar en ella.

Avery sonrió con dulzura.

–Me parece perfecto; pero si no te importa, prefiero que mantengamos en secreto lo de mi embarazo. Temporalmente, por supuesto. Quiero tener ocasión de saborearlo contigo, entre tú y yo, sin nadie más. ¿Te parece muy egoísta por mi parte?

–En absoluto. El niño será nuestro secreto –respondió–. Y la noticia, un gran regalo de

Navidad para nuestras familias.

Avery bajó el tono de voz y susurró:

–Pero entre tanto, tendremos muchas noches para pasarlas juntos.

Juntos. A Guy le pareció la palabra más bella del mundo.

En el Deseo titulado *El hombre que amo,* de Kathie DeNosky, podrás continuar la serie LOS JARROD